

PUNTO
ROJO

el ángel negro

clark carrados



EL ANGEL NEGRO

CLARK CARRADOS

**EL ANGEL
NEGRO**

PUNTO ROJO n.º 120
Publicación semanal
Aparece los SABADOS

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA



DEPOSITO LEGAL B 17.089 - 1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.^a EDICIÓN AGOSTO - 1964

© CLARK CARRADOS - 1964
SOBRE EL TEXTO LITERARIO

© ANTONIO BERNAL - 1964
SOBRE LA CUBIERTA

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1964

N. R. 3204/64

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

861 — Unidos ante la muerte.

En Colección SERVICIO SECRETO:

730 — Horror es mi nombre.

En Colección BUFALO:

515 — Venganza fatal.

En Colección CALIFORNIA:

376 — Asesino y traidor

En Colección COLORADO:

311 — Trampa sin salida.

En Colección KANSAS:

313 — Escalera al patíbulo.

En Colección BRAVO OESTE:

155 — Valle feliz.

En Colección PUNTO ROJO:

108 — No me apuñales, preciosa.

En Colección SALVAJE TEXAS:

390 — De través sobre el caballo.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:

96 — La rubia, de la ametralladora.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

18 — El baile de las malditas.

En Colección ASES DEL OESTE:

274 — Muerte de un valiente.

CAPÍTULO PRIMERO

A los veintiséis años, la vida es de uno.

Con un poco de optimismo, se es capaz de pensar en conquistar el mundo en dos patadas.

Es la mejor edad. La vida sonríe y el mundo es ancho.

Lo suficientemente ancho para que en él quepan dos personas: mi flamante esposa y yo.

No importa que el sueldo sea un tanto corto, que el apartamento en que vivimos sea pequeño, que tengamos la mitad de las cosas compradas a plazos y que nos falten la otra mitad de las que necesitamos para terminar de establecer un hogar cómodo y acogedor. Se tienen veintiséis años, una esposa linda y amante... ¡y viva la vida!

El cielo es más azul, las nubes más blancas, las flores de más vivos colores, las personas que nos rodean más amables y simpáticas... Vivir es la mayor delicia que uno puede imaginarse.

Nos falta el coche, pero ya llegará. Uno está harto de ver películas en que indefectiblemente, el protagonista, toma el coche para llegar a la esquina más próxima y comprarse un paquete de tabaco, pero, aunque cuando hay mucho de verdad en esa imagen estereotipada que el cine y la TV se han encargado de difundir de nosotros, los norteamericanos, también es cierto que hay muchísimas, pero muchísimas compañías de transportes urbanos, dedicadas a llevar de un lado para otro a los ciudadanos de Yanquilandia que todavía no poseen su correspondiente automóvil.

Uno de ellos soy yo.

Pero no me importa. Ya tendré el automóvil. A más, andar es sano.

Por otra parte no tener automóvil me importa hoy menos que

nunca. Hoy es el primer «aniversario» mensual de nuestro matrimonio.

En efecto, hoy es el día en que se cumplen los treinta días justos de nuestra boda. Como me imagino que Lucy, mi esposa, habrá preparado algún plato especial para celebrar debidamente el acontecimiento, he pensado que un gasto extra de cinco dólares para flores con las cuales adornar la mesa, no la enojará demasiado.

Además, no se enoja. ¡Es tan linda!

Cada vez que cierro los ojos, la veo a ella. No es muy alta; algunos, incluso, dirían que es baja. Tiene el pelo negro cómo el ala de cuervo y la piel muy, pero que muy blanca; los ojos verdes y reidores y los labios, frescos, jugosos y besables en todo momento, Quizá a alguien no le parezca una belleza en la extensión de la palabra, pero, para mí, es la mujer más hermosa del mundo. Además, tiene un tipito estupendo, con unas curvas que... Perdón, éste es un asunto muy, muy privado, así que pasémoslo por alto.

Otra vez perdón. Olvidaba presentarme.

Mi nombre es Dealey. Thomas Seabruck Dealey. Edad 26 años. Profesión, oficinista en la poderosa empresa *All World Insurance, Inc.*, una compañía de seguros, cuyo propietario —digamos técnicamente accionista mayoritario—, es el Muy Imponente Señor Phineas K. Meredith, un personaje tan importante como para no haberlo visto más allá de dos veces en los cinco años que llevo trabajando para la compañía.

Pero éstos son detalles menudos. Dejemos al Muy Imponente Señor Meredith y sigamos adelante. No olvidemos que hoy es nuestro primer «aniversario» mensual de boda. Y he de darme prisa en llegar a tiempo para que Lucy no se enoje por mi tardanza. Bueno, *fingiré* enojo, que es muy distinto.

Lucy tiene veinticuatro años, dos menos que yo. La conocí en la compañía de segur donde trabajo. No fui yo sólo el único moscón que revoloteó en torno a ella apenas ingresó en la empresa, tres años después de haberlo hecho yo. Pero hay ciertas afinidades que unen a las personas, aunque no se hayan visto jamás, y Lucy y yo nos sentimos atraídos mutuamente desde el principio.

Ella desdeñó mejores partidos, incluso de altos cargos directivos de la compañía que también le propusieron matrimonio. Otros le propusieron una cosa distinta pero a todos ellos, unos y otros, supo

Lucy dar las respuestas adecuadas, firmes y corteses, sin enemistarse con ninguno, ni siquiera cuando anunció su compromiso conmigo.

Al cabo de dos años nos casamos y ella dejó el empleo para atender la casa. Ya he dicho que mi sueldo, aunque no muy elevado, es suficiente para los dos y, en algunos aspectos, Lucy y yo somos algo anticuados. El hombre, a ganarse el condumio, y la mujer, a cuidar del sagrado fuego del hogar.

Pero ¿qué es esto? Van a dar casi las seis. Se me está haciendo tarde. Y todavía me queda casi una hora de autobús hasta casa. ¿Cuándo habré ahorrado lo suficiente para un coche?

La floristería está a una manzana de la parada del autobús. Corro, entro, pido cinco dólares de rosas. La vendedora, una bonita rubia, sonrío simpáticamente. Yo sonrío también.

—Es la primera vez que me formulan un pedido semejante —dice.

—Es mi presupuesto para flores —contesto. Y ella ríe.

Me pone una docena de rosas blancas. Le he caído en gracia. Ese ramo vale al menos diez dólares. Una chica estupenda.

El autobús pasa por delante de la floristería. Me despido de la dependienta. Corro detrás del autobús, pero llego tarde. Maldigo mi suerte; tendré que esperar al siguiente. ¡Qué se le va a hacer!

Resignado, me situó junto al poste indicador de la parada. Haciendo algunas contorsiones, trato de sacar un cigarrillo para entretener la espera.

En ese momento se me acerca un individuo.

—¿Caballero?

Suspendo la búsqueda del cigarrillo y le miro. Es un sujeto alto, de aspecto muy distinguido, vestido con un gabán negro, con cuello de terciopelo, bufanda de seda blanca y guantes de piel negra. Tiene las sienes plateadas y se cubre con un sombrero hamburgués, que le confiere todo el aspecto de un próspero hombre de negocios. En la mano izquierda lleva una cartera de documentos, de magnífico cuero también negro. Sus *zapatos* espejean. Del rostro, totalmente rasurado, se desprende un suave aroma a loción cara. Es todo un figurín, aunque no da sensación de afectación en ningún momento. Tendrá unos cincuenta años, pero su estado físico es el de un hombre de cuarenta.

—¿Sí? —respondo, un tanto suspicazmente.

—Excúseme, caballero —dice el tipo—. Soy forastero en Riverside y, además, me ausento inmediatamente de la ciudad. ¿Querría usted prestarme un pequeño favor?

—Bien... —contesto titubeante. «Si no tengo que perder demasiado tiempo», pienso.

—Se trata de entregar simplemente esta carta —me dice, a la vez que me da un sobre de tamaño inferior al corriente, un poco más grande que el de las tarjetas de visita—. La dirección está escrita en el anverso.

Hago un gesto de extrañeza.

—Podría echarla al correo —apunto.

—Es que me urge que sea llevada lo más pronto posible —sonríe el caballero hamburgués. Su sastre, su peluquero y su dentista deben de costarle una fortuna al cabo del año—. Su contenido es un tanto extenso para poder comunicarlo detalladamente por teléfono. Naturalmente —añade—, la entrega de esta carta se merece una compensación por las molestias que le originará a usted.

Saca dos billetes de diez dólares y me los entrega junto con el sobre, antes de que pueda resistirme.

Mira las flores y sonríe.

—Está enamorado, ¿no es cierto? Linda edad, cabañero —suspira—. Yo hace ya mucho tiempo que pasé de ella. En fin, gracias por la molestia y adiós.

Se descubre cortésmente y se marcha antes de, que yo, atónito, haya podido formularle la menor objeción.

Contemplo cómo se aleja. A treinta pasos de distancia, un chófer de imponente aspecto y respetuosos ademanes, mantiene abierta la portezuela de un no menos imponente «Mercedes-Benz» tipo diplomático.

El caballero del hamburgués se mete en el coche. El chófer se sitúa tras el volante y el vehículo arranca. Pasa por delante de mí. «Sienes de Plata» se quita nuevamente el sombrero y me saluda con gesto lleno de cortesía, a la vez que me dirige una amplia sonrisa.

Tan aturdido estoy, que no me doy cuenta de que el autobús ha parado. Cuando reparo en ello, las puertas están cerradas y el autobús se marcha.

Durante unos momentos, no sé qué hacer. Me entran ganas de

comprar un sello de correos y echar la carta en el primer buzón que me encuentre al paso. Pero pienso en el atento caballero y en los veinte dólares que me ha dado y me digo que no sería correcto traicionar la confianza que ha depositado en mí.

Leo la dirección escrita a máquina encima del sobre.

Mr. John L. Pemberton.

700, Walnut Street.

Eso está bastante lejos. Me costará tres dólares de taxi para ir y otro tanto para volver, con lo que mi beneficio líquido será de catorce dólares. De pronto, recuerdo que hay una línea de autobuses que pasa por la calle Michigan, paralela a la Walnut. ¿Por qué dilapidar el dinero de una manera tan absurda?

Pero antes es preciso hablar con Lucy y tranquilizarla respecto a mi tardanza. Sin pérdida de tiempo, entro en una cafetería y me dirijo al teléfono. Deposito una ficha en la ranura, marco el número de mi casa y llamo a mi esposa.

Le digo que tardaré más de lo corriente, que ha surgido un pequeño imprevisto en la oficina y que míster Doobson, el jefe de mi sección, me ha pedido que me quede a resolver la emergencia.

—Como premio a tu paciencia de Penélope —le digo, pensando en los veinte dólares del caballero hamburgués—, te llevaré esta noche al teatro. ¿Te parece bien?

Claro que le parece bien.

Salgo de la cafetería y tomo el autobús.

CAPÍTULO II

El número 700 de la calle Walnut es una hermosa construcción de estilo netamente sudeño, esto es, con gran pórtico de altas columnas, un bello y bien cuidado parque y una piscina que entreveo al otro lado de la casa. Está rodeada por una alta tapia de mampostería, cuya puerta de artística verja se encuentra abierta cuando llego.

Me acerco a la puerta de la casa. Toco el timbre. Sale a recibirme un mayordomo que para sí lo quisiera más de un rey de los pocos que todavía quedan por este mundo.

—¿Sí? —dice, mirándome como si fuese un insecto.

—Busco a míster Pemberton —digo. El vestíbulo, brillantemente iluminado, me deja apreciar el lujo del interior de la casa. Pemberton es un tipo con «pasta», no cabe la menor duda.

—¿A quién anuncio? —pregunta el mayordomo.

—Es lo mismo —respondo—. Sólo traigo una carta para él...

En ese momento suena una voz.

—¿Quién es, Andrew?

Si no fuese un mayordomo, le llamaría Andy, pero a un mayordomo no se le pueden dar tratamientos confianzudos. Míster Pemberton aparece ante mi vista, cien veces más majestuoso e imponente que Andrew.

—Este caballero pregunta por usted, señor —dijo el mayordomo respetuosamente.

Míster Pemberton me mira atentamente durante unos segundos. Anda ya por los cincuenta y cinco, tiene un cráneo como una bola de billar y enfunda su pesado corpachón en un batín de los que los hijos de Chu En Lai hacen para los podridos capitalistas, con cuyo importe, Lucy y yo podríamos vivir un mes entero a todo tren en el

«Waldorf Astoria» de Nueva York.

—Me entregaron esta carta para usted —explico, alargándole el mensaje. Y añadido—: Las flores son para mi mujer. Eso es todo, buenas noches.

Pemberton ha tomado la carta. Como la misión está ya cumplida, giro sobre mis talones y abandono el vestíbulo.

Bajo las escaleras. Doy cuatro o cinco pasos por el sendero de gravilla. Entonces oigo la voz de Pemberton.

—¡Caballero!

Me vuelvo. El dueño de la casa está en la puerta. Ha abierto el sobre y tiene en la mano izquierda las dos cosas: el sobre y su contenido. Me mira y no con mucha simpatía, al parecer.

—Haga el favor un momento —dice en tono autoritario.

Vuelvo a la casa. Entro. Andrew cierra a mis espaldas.

Entonces, el pesado puño de Pemberton choca con terrible fuerza contra mi mandíbula y caigo patas arriba, soltando el ramo de flores, que vuela por los aires.

Los ojos se me llenan de lágrimas, a la vez que noto un terrible zumbido dentro de mi cráneo. No alcanzo a comprender las razones del golpe.

Antes de que haya podido recuperarme, Andrew me iza a pulso y me sostiene delante de su señor. Pemberton me golpea de nuevo. Lanzo un chillido de dolor. La nariz me sangra.

Las manos del mayordomo son fuertes. Además, yo estoy debilitado por el primer golpe. Pemberton se saciaren mi cara. Al fin, incapaz de desistir el terrible castigo pierdo el conocimiento.

Recobro el sentido poco después, cuando alguien arroja sobre mi rostro tumefacto una jarra de agua. Me agito en el suelo, todavía aturdido. ¿Por qué me han pegado? ¿Qué diablos contenía ese misterioso mensaje?

Un pie me golpea en el costado.

—Levántate, bastardo.

No tengo fuerzas para moverme. Pemberton y su mayordomo me patean duramente. Me revuelco por el suelo, lanzando aullidos de dolor. La puntera de un zapato me golpea en la sien y pierdo nuevamente el conocimiento.

Cuando vuelvo a la vida, me encuentro sentado en un sillón. Siento vivos dolores por todo el cuerpo y me noto la cara

acorchada, inflamada. Mis ojos están entrecerrados. Debo ofrecer un aspecto espantoso. ¿Qué dirá Lucy cuando me vea así?

Amenazador, Pemberton se inclina hacia mí. Sus rasgos de granito aparecen contraídos por la cólera más absoluta. Los destellos que lanzan sus pupilas me infunden un pánico espantoso.

—Escucha, pequeño miserable —dice, agarrándome por las solapas del abrigo y zarandeándome con fuerza—, cuando veas al cochino bastardo, puerco hijo de perra que te entregó el mensaje, dile de mi parte que se vaya al infierno. ¿Está claro?

—Pero yo... —intento protestar.

Pemberton me pone en pie y me lanza en brazos del mayordomo.

—Échelo de la casa, Andrew —ordena con voz cortante.

Destrozado por el palizón, en manos de Andrew soy poco menos que una pluma. Andrew me coge por el cuello y los faldones del abrigo y me lleva hasta la puerta. Una vez en el umbral, aplica su pie derecho contra el final de mi espalda y lo dispara con todas sus fuerzas.

Salgo catapultado. Tropiezo, se me enredan los pies, ruedo por los escalones y al fin quedo tendido de bruces sobre la gravilla, incapaz de moverme.

Algo cae a mi lado con sordo chasquido. Es el ramo de flores, ajadas y pisoteadas salvajemente. Sin poder contenerme, rompo a llorar.

Lucy deja escapar un grito de espanto al ver mi aspecto.

—¡Tom, Dios mío! ¿Qué te ha ocurrido?

¿Qué explicación le doy yo?

Tengo la cara tumefacta y las ropas, si no destrozadas, sucias y arrugadas. Mi aspecto, pues, no tiene nada de atractivo.

—Ya te explicaré... —jadeó—. Ahora... ayúdame...

—Sí, Tom —dice ella, muy asustada—. ¿Te has metido en una pelea? ¿Algún asalto?

—Luego, luego —digo, casi sin fuerzas—. El baño... agua caliente...

Lucy corre al baño y abre los grifos. Después vuelve con algodón y desinfectantes. Ya me he quitado el abnegó y la chaqueta. Me limpia la cara y me cura los rasguños. Uno de mis ojos está casi completamente cerrado. El labio inferior está partido.

Tengo que buscar una excusa.

—Me... me asaltaron dos... dos granujas cuando volvía a casa... Yo... yo creo que estaban borrachos. O quizá drogados... No me pidieron dinero, sólo me golpearon... por divertirse. Eran unos sádicos...

Ahora, desgraciadamente, hay muchos tipos de éstos, Lucy me cree.

—¿Por qué no avisaste a la policía? —me pregunta, mientras continúa su cura.

—¿Y qué hubiese adelantado con ello? Además, echaron a correr... Déjalo...

—Canallas, miserables —dice, muy sulfurada—. Conmigo podían haber topado.

Es una mujercita muy valiente y el hecho de que su esposo haya sido apaleado de modo tan salvaje, la indigna sobremanera.

Vuelve al baño. Regresa.

—El agua está caliente. Descansa un rato... ¡Qué cara, qué cara! Mañana no podrás ir a la oficina, Tom...

Me quito la camisa y la camiseta allí mismo. Entonces ella ve las moraduras y los cardenales y deja escapar otro grito.

—Tom, tienes el cuerpo negro.

—Ya lo sé —contesto de mal humor—. Cuando caí al suelo, medio inconsciente, me patearon... Yo no estoy acostumbrado a pelear... Lo único que me enseñaron en el Ejército fue a manejar una calculadora... —rezongo. Cada movimiento que hago es una tortura para mis músculos.

¡Maldito tipo, el del sombrero hamburgués!

—Te prepararé algo de comer cuando salgas del agua —dice ella, en la puerta del cuarto de baño.

—Se me han pasado las ganas —objeto.

—A pesar de todo —insiste Lucy—. Avísame cuando hayas terminado.

Deja la puerta abierta y se va. Me meto en la bañera. El agua caliente, poco a poco, hace desaparecer la mayor parte de los dolores. Voy notándome un poco mejor, no mucho; la paliza ha sido de las buenas.

Aunque con alguna dificultad, consigo masticar algunos alimentos. Luego, Lucy, solícita, me acompaña hasta la cama.

Los dolores persisten en una forma sorda, continua verdaderamente molesta. Lucy y yo somos jóvenes, sin complejos; por lo tanto, no tenemos a mano sedantes de ninguna clase. ¿Qué diablos de falta hacen los sedantes a una pareja que lleva sólo un mes de casados?

Esa noche me habrían venido muy bien un par de pastillas somníferas.

Tardo mucho en dormirme, mucho.

Oigo a mi lado la acompasada respiración de Lucy También a ella la ha costado mucho conciliar el sueño.

¡Vaya un primer «aniversario» mensual de boda!

Ni flores, ni cena; ni sesión de teatro, ni...

Estoy destrozado. Por fin, me duermo.

Despierto bastante tarde a la mañana siguiente. Oigo ruido de cacharros de cocina y a Lucy que canta alegremente.

¡Bendito sea Dios! Ella, al menos, no está preocupada. Eso es lo que hace falta.

Un delicioso olor de tocino, huevos fritos y café invade nuestro pequeño pisito. Mi estómago sufre un espasmo de hambre. ¡A desayunar!

Quiero levantarme, pero no puedo. Moverme es, por ahora, un tormento insufrible. Lanzo un grito.

—¡Lucy!

—Voy, querido —contesta ella, desde la cocina.

Llega cinco minutos después, con una bandeja bien provista y una brillante sonrisa en los labios. Pero hay en sus ojos una leve nota de preocupación.

Su sonrisa indica que trata de distraerme.

—A desayunar, señor perezoso —me dice—. Ah, ya telefoneé al señor Doobson, tu jefe. Le he dicho que has agarrado un constipado muy fuerte y que estarás dos días en cama. ¿Te parece una buena excusa?

—No se trata de lo que me parezca a mí, sino de lo que le parezca a él. Ya sabes que es muy quisquilloso.

Lucy sonrío deliciosamente.

—Es que tú olvidas —dice, guiñándome un ojo—, que tienes un Ministro de Asuntos Exteriores, que es un as de la diplomacia. Míster Doobson me ha dicho que te tomes todo el tiempo que

necesites, así que no se hable más. Te estarás en casa una semana, hasta que tengas esa carita de paisaje lunar como la tenías antes de irte a la guerra.

—¡Qué tipos! —gruño. Y luego, con numerosos crujidos de todas mis articulaciones, consigo sentarme en la cama. El desayuno me hace olvidar bastante mis padecimientos.

Mientras, Lucy viene constantemente. Es una ardillita; no para un momento. Arregla esto, limpia el polvo allá, lava unos cacharros, se para un momento aquí para ordenar unos libros, enchufa el aspirador, lo desenchufa, corre a la cocina, vuelve... Es encantadora.

Hoy viste una blusita blanca y unos pantalones ajustados, de estar por casa.

—Ya he terminado el desayuno —grito.

Viene. Está encendida por la agitación. Toma la bandeja y yo le cojo las manos. La miro a los ojos. Los tiene muy brillantes.

Aparto la bandeja a un lado. La atraigo hacia mí. Sus labios se entreabren en el momento de fundirse con los míos.

Han pasado los días. Todo ha vuelto a la normalidad.

Incluso empiezo a olvidarme del amable caballero del sombrero hamburgués, de míster Pemberton, de su mayordomo y de la paliza que recibí. El trabajo y Lucy son dos poderosos elementos para ir olvidando, poco a poco, los sucesos ocurridos aquel día de tan infausta memoria.

Han transcurrido ya tres semanas. Salgo de la oficina y adquiero el periódico. Lo leeré durante los cincuenta y cinco minutos de trayecto de autobús que tengo hasta llegar a casa. Antes, me lo guardaba para leerlo después de la cena. Ahora; hace menos de una semana, hemos podido comprar un televisor. Esto nos distrae mucho.

Subo al autobús. Encuentro, por fortuna, un asiento vatio. Me dejo caer sobre el mullido y saco el periódico, que despliego en el acto.

La sangre se me hiela en las venas al leer los titulares de la primera página.

¡ASESINATO EN LA CALLE WALNUT!

Ayer, cuando regresaba a su casa el conocido hombre de negocios local, míster John L. Pemberton, fue asesinado por un desconocido que se dio a la fuga, sin que hasta el momento y, pese a las pesquisas practicadas, haya podido ser habido. De las investigaciones policiales se deduce que el asesino estaba esperando a míster Pemberton, escondido en un punto cercano a la mansión que éste poseía en la calle Walnut. Acercándose a él sigilosamente, por la espalda, le disparó dos tiros en la nuca, a bocajarro...

CAPÍTULO III

Todavía no he conseguido dormirme.

He oído todas las campanadas de las horas y medias horas en el carillón de la iglesia de los Santos Pedro y Pablo, situada a cien metros escasos de donde vivimos, y a la cual vamos Lucy y yo a misa todos los días festivos. Allí es donde nos casamos hace menos de dos meses.

Pienso en el asesinato de Pemberton.

Pienso también en el amable caballero de las sienes plateadas y en la carta que me entregó para Pemberton.

Un oscuro instinto me dice que la carta y el crimen tienen una estrecha relación entre sí.

Recuerdo las palabras de Pemberton, después de propinarme la gran paliza.

Cuando veas al... que te entregó el mensaje, dile de mi parte que se vaya al infierno.

¿Cuál era el contenido del mensaje?

¿Una nota intimidatoria?

Es posible. Casi seguro, diría yo.

Si no me das esto o esto otro, te mataré.

Más o menos, ése debió ser el contenido del mensaje que yo llevé por veinte miserables dólares.

Bueno; no lo hice del todo por el dinero, digamos la verdad. «Sienes de Plata», llamémosle así, supo ser amable y persuasivo conmigo. Su actitud fue, principalmente, lo que me convenció para prestarle el favor, que luego fue pagado por los otros de una manera tan brutal como canallesca.

¿Y si yo estuviese equivocado?

Acaso el asesinato de Pemberton no tiene nada que ver con la

carta que le entregué, quizá se trata sólo de figuraciones mías, motivadas por un exceso de suspicacia.

Han pasado ya más de tres semanas desde que me ocurrió aquello, así que muy bien pudiera tratarse de una venganza de tipo personal, ya que la policía, según el periódico, no encontró a faltar ningún dinero ni joyas en el cadáver. Ni aun siquiera documentos personales.

Nada faltaba. Pero le volaron la cabeza de dos tiros.

El carillón de la iglesia suena. Son las dos de la madrugada y sigo sin conciliar el sueño.

Procurando no hacer ruido, me levanto de la cama. Meto los pies en las zapatillas y me dirijo a la cocina. Abro la nevera y saco una botella de leche.

Pongo un cazo al fuego. Dicen que la leche tibia es un buen sedante. En tal caso, tomaré un gran vaso, a ver si así duermo de una vez. El asesinato de Pemberton, me tiene francamente preocupado, la verdad.

Porque una cosa es segura: A estas horas, la policía habrá interrogado a Andrew, el mayordomo, y le habrá formulado una infinidad de preguntas.

¿Habrá declarado Andrew algo acerca de mí?

Todo pudiera ser. Dado que los móviles del crimen no han sido el robar a la víctima, lo lógico es pensar que se trata de una venganza o algo por el estilo. En estos casos, la policía indaga siempre si el interfecto tenía enemigos, si recibió notas amenazadoras...

Yo le llevé una.

¿Lo dirá Andrew?

Por un momento, pienso en acudir a la policía y contar lo que sé, pero me arrepiento en el acto. Correré un riesgo.

En primer lugar, ni Pemberton ni Andrew me conocían. Pueden facilitar una descripción personal mía, pero la que den se acomodará a millones de tipos como yo: joven, menos de treinta años, cabellos castaños, ojos marrones, estatura un poco superior al metro setenta, complexión regular... Para volverse loco, buscando a un tipo semejante.

Por otra parte, también cabe que el mensaje no esté relacionado con la muerte de Pemberton. Es una posibilidad remota, pero digna

de ser tenida en cuenta.

Además, es posible que a Andrew le convenga también callar. Su aspecto era el de un majestuoso mayordomo, pero las patadas que me pegó parecían dadas por un rufián de barrio portuario. Sí, quizá calle.

Está resuelto; mantendré la boca cerrada.

¡Oh, se sale la leche!

¡Al diablo con todo! ¡Me vuelvo a la cama!

Soñolienta, Lucy me pregunta adónde he ido. Le contesto que al cuarto de baño.

—Bueno —musita. Y me pasa un brazo en torno al cuello.

Su contacto es reconfortante. Me duermo.

Han transcurrido dos semanas.

Nadie me ha relacionado con la muerte de Pemberton.

Empiezo a cerciorarme que todo lo que pensé no fueron más que puras fantasías.

Entro en el tercer mes de mi matrimonio.

La vida vuelve a ser hermosa.

Salgo de la oficina. Es jueves, Mañana, viernes. No, no se trata de una perogrullada. Es que Lucy y yo tenemos planeado ir a pasar un fin de semana en una de las cabañas para turistas, que se alquilan a orillas del lago Gilligan.

No vamos a pensar, ni a cazar ni a realizar ninguna excursión. Un fin de semana entregado pura y simplemente al descanso. Quizá nos demos un paseo en bote por el lago. Pero la mayor parte del tiempo, lo pasaremos tendidos en una cómoda hamaca al sol, bien abrigados, por supuesto, ya que en aquellas alturas, la temperatura es aún muy baja. El paisaje es maravilloso.

Me dirijo a la parada del autobús. Un individuo me sale al paso.

—¿Míster Dealy? —pregunta.

Le miro un segundo. Es de mi estatura, pero incomparablemente más fuerte. Tiene los rasgos de la cara como tallados a cincel y sus pupilas parecen dos fragmentos de cuarzo, fríos, durísimos. No obstante, su expresión no tiene nada de desagradable.

Pero a mí me desagrada y no sé por qué.

—¿Quién es usted? —pregunto, suspicaz.

Me toma por un brazo con gesto confianzudo.

—Entre —dice. Y me señala un enorme coche situado a dos pasos de distancia.

Hay un hombre al Volante del coche. El tipo parece no mirar a ninguna parte, excepto delante de sus ojos. Me siento cortés, pero irresistiblemente empujado hacia el vehículo.

—Coopere con nosotros, míster Dealy —dijo el tipo que me ha abordado.

Y antes de que pueda resistirme, me encuentro sentado en el asiento posterior del vehículo, el cual arranca de inmediato.

—Pero, bueno, ¿qué es lo que quiere de mí? —estallo.

Silenciosamente, el hombre de los ojos fríos, saca un sobre del bolsillo interior de su abrigo y me lo entrega. Añade un billete de cincuenta dólares.

—Solamente deseamos que entregue este sobre al destinatario —dice en tono afable—. En compensación por las posibles molestias que pueda ocasionarle el trabajo, nos sentiremos muy honrados si acepta esta modesta, suma.

Sobreviene un denso silencio.

El asfalto está húmedo. Las ruedas del automóvil, al girar, semejan trozos de seda que se rasga.

Me lanzo hacia la portezuela contraria. Forcejeo con la manija. Está firmemente cerrada. Trato de bajar el cristal para pedir socorro. Es imposible.

Me acurruco en el rincón opuesto al que ocupa «Ojos Fríos», cuyos labios están distendidos en una pálida sonrisa.

—¿Se niega a entregar el sobre, míster Dealy?

—¡Sí!

No ha sido una afirmación, sino un alarido. «Ojos Fríos» no se ha inmutado.

Guarda el sobre y el billete y se cruza de brazos. Vuelve el silencio.

Ahora ya sé que el sobre que entregué a Pemberton y su asesinato están relacionados entre sí. Le amenazaron —posiblemente le pedían algo— y ellos, en respuesta, creyéndome uno de la pandilla, me propinaron aquella descomunal paliza.

Pero Pemberton murió. No quiso acceder a las propuestas de «Sienes de Plata» y éste, en represalia, lo hizo asesinar.

Ahora, al parecer, quieren repetir el golpe.

Sin duda tendrán éxito. Contarán con el ejemplo de Pemberton para escarmiento de posibles objetantes.

Miro a «Ojos Fríos». El tipo contempla distraído el panorama urbano.

Me pregunto si me será posible escapar por su lado, aprovechando su distracción. Trato de comprobarlo y me arrojo hacia la portezuela de aquel costado.

Una pesada automática aparece de inmediato en su mano derecha, enguantada en negro, como las de «Sienes de Plata». La boca del cañón roza mis labios.

—Atrás, por favor, míster Dealy.

Retrocedo. No estoy muy asustado, sin embargo.

—¿Por qué hacen esto conmigo? —inquiero.

—Pregunta sin respuesta —dice «Ojos Fríos». Y vuelve a contemplar el paisaje de las calles.

El silencio persiste durante largo rato. De pronto, el coche se detiene. Mi sorpresa es enorme al comprobar que se ha parado a escasos metros de mi domicilio.

Antes de que pueda formularme la menor conjetura se abre la portezuela por el lado de «Ojos Fríos». Un hombre asoma la cabeza, cubierta por un sombrero de alas bastante anchas, que me impide verle la cara.

—¿La señora Dealy? —inquiere «Ojos Fríos».

—Sigue en perfecto estado —contesta el otro.

Comprendo en el acto.

Si me niego a llevar la carta, esos tipos harán algo a Lucy. No hace falta ser un lince para darse cuenta de que son unos sujetos sin escrúpulos.

Suavemente, el tipo me empuja hacia afuera, a la vez que me introduce el sobre y el billete de cincuenta dólares en el bolsillo.

—Tiene veinticuatro horas justas para entregar la misiva, míster Dealy —dice suavemente.

Antes de que pueda contestar, el otro sujeto se mete en el automóvil. El vehículo arranca rápida y silenciosamente. Me quedo solo.

CAPÍTULO IV

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué tienes esa cara tan seria?

Si no llevo la carta a míster Lestry, del 127 de Topaha Square, esos tipos harán algo a Lucy.

Me pregunto por qué habrá intervenido esta vez «Ojos Fríos» en lugar de «Sienes de Plata». Si bien se mira, esto no tiene gran importancia; hartó me imagino que ambos deben de pertenecer a la misma pandilla.

Pero no acabo de entender por qué me han elegido a mí como mensajero. ¿No podrían enviar las cartas por correo? ¿O formular la petición de lo que sea, por teléfono?

No lo entiendo, francamente, no lo entiendo. Esto, cada vez me gusta menos y, como es lógico, me preocupa más. No puedo olvidar que a consecuencia de la carta que llevé semanas atrás, Pemberton recibió dos tiros en la nuca.

Es evidente que ahora quieren hacer lo mismo con Lestry. Y me emplean para sus sucios manejos, porque, ahora empiezo a ver un poco de claridad, soy un individuo normal, sin antecedentes de ninguna clase, honrado, bien conceptuado en el trabajo; un sujeto, en fin, que no ha tenido jamás relación con un delincuente, ni siquiera para comprar una sola botella de licor de contrabando.

Pero ¿por qué he sido elegido yo?

¿Por qué yo, precisamente?

En Riverside hay cientos, miles de sujetos idénticos a mí en todo, buena conducta, irreprochable comportamiento... ¿Qué funesto hado me ha señalado con su dedo para convertirme en el mensajero mortal de esos forajidos?

Mensajero mortal.

En la mitología oriental, recibe un nombre expresivo: *El Ángel*

Negro.

Cuando una persona ha de morir, el Ángel Negro llama a su puerta.

Eso es lo que soy yo... no, en lo que me he convertido por los misteriosos y perversos designios de unos forajidos a quienes no conozco y de los cuales no sé su nombre siquiera.

—Té he hecho una pregunta, Tom —insiste Lucy, cortando de pronto el hilo de mis amargos pensamientos.

—¿Eh? ¿Qué... qué decías, cariño?

Lucy hace un gesto de resignación.

—Estás imposible, querido. Hace algunos días que te noto abstraído, duermes mal... ¿Exceso de trabajo?

—Sí..., sí, eso debe de ser. —Me agarro a la excusa como el náutico al clavo ardiendo. ¿Cómo voy a decirle que si no obedezco a los forajidos, ella sufrirá Dios sabe qué terribles represalias?

Lucy me arroja una mirada de soslayo. Es evidente que no me cree, pero prefiere dar por buena mi respuesta.

—No te preocupes —dice—. Ahora tendrás dos días completos de descanso en el lago Gilligan.

Da la vuelta a la mesa, se sienta sobre mis rodillas y me abraza. Apoyo la cabeza en su pecho cálido y acogedor. Cierro los ojos un momento. Trato de olvidar con su contacto los problemas que me acosan.

Sin saber por qué, presiento que esto que me ocurre no es aún más que el principio de una horrible pesadilla, Acaba de empezar.

Dios mío, ¿cuándo terminará?

Me despierto súbitamente a la media noche.

¡Qué tonto he sido! ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes?

Casi estoy a punto de romper a reír. Si no lo hago, es por no despertar a Lucy, que duerme apaciblemente a mi lado, encogida, hecha un ovillo. Parece un animalito... qué me quiere mucho, si juzgamos por las muestras de cariño que me prodiga continuamente.

La luz de un farol de la calle proyecta tenues sombras sobre el techo de la habitación. El carillón de la iglesia de los Santos Pedro y Pablo da las campanadas de la una.

Silenciosamente, salgo de la cama y meto los pies en las zapatillas.

Voy al recibidor, donde cuelgo el sobre todo. Saco el sobre; Lucy confía plenamente en mí. No es del tipo de esposas que continuamente están volviendo los bolsillos del revés a su marido. El sobre y el billete de cincuenta dólares continúan aún en el mismo sitio.

Pero sólo necesito el sobre. Voy a la cocina y enciendo la luz. Cierro la puerta. Rasco una cerilla y prendo luego al mechero de gas, sobre cuya llama coloco un cazo lleno de agua.

El líquido tarda en hervir algunos minutos. Deseo fumar, pero tengo los cigarrillos en la mesilla de noche y he de aguantarme.

Al fin hierve el agua. Entonces, con las pinzas del azúcar, sostengo el sobre encima del vapor que se desprende del recipiente.

Momentos después, levanto la solapa del reverso del sobre. La verdad es, me digo, que bien podía haber empezado por romperlo y poner otro, después de haberme enterado de su contenido. Esto, sin embargo, hubiese adolecido de un grave inconveniente; habría debido escribir nuevamente la dirección de puño y letra míos o con una de las máquinas de la oficina. No, resueltamente, es mejor que la carta lleve el sobre de origen.

Temblando de excitación, saco el papel que hay en su interior, doblado en cuatro. Lo despliego.

Apenas puedo contener una exclamación de asombro.

¡El papel está en blanco!

Cuando salgo de casa por la mañana, para dirigirme al trabajo, no sé todavía si «Ojos Fríos» ha tratado de gastarme una broma pesada o ha querido burlarse de mí.

He pensado que tal vez la nota estuviese escrita, con alguna tinta susceptible de desaparecer bajo el influjo del vapor de agua. Quizá haya sido, así.

De todas formas, mi cabeza es un torbellino. No acabo de coordinar mis ideas.

¿Por qué he sido yo el elegido?, me pregunto una y otra vez, lleno de congoja.

De pronto, una voz conocida pronuncia mi nombre.

—¡Míster Dealy!

Me vuelvo. El automóvil negro está parado junto a la acera. «Ojos Fríos» me mira sonriente.

Abre la portezuela y me invita a entrar. Pienso que es inútil

resistirme.

El chófer arranca apenas me acomodo junto a «Ojos Fríos». Éste, sin preámbulos, dice:

—Deme la carta, míster Dealy.

—¿Cómo sabe que no la he entregado? —preguntó—. Anoche no salió de casa.

La respuesta me enfurece.

—¡De modo que estuvieron vigilándome! —grito.

—Por favor, no se excite —dice el forajido en tono calmoso—.

Deme la carta.

La saco del bolsillo y se la arrojo a la cara. «Ojos Fríos» no se inmuta; ni siquiera hace ademán de reconocerla del fondo del coche, adonde ha ido a parar.

En su lugar, me entrega otro sobre exactamente igual.

—Éste sí tiene algo en su interior —dice—. Le ruego no trate de abrirlo. Su esposa pagaría las consecuencias, ¿me comprende?

—Me gustaría poder saltarle al cuello para rompérselo con mis propias manos —exclamo, rojo de ira.

—Pero como no puede hacerlo, debe aguantarse —replica «Ojos Fríos», inmutable—. No se olvide; entregue la carta antes de que concluya el día de hoy.

Trato de calmarme.

—Supongo —hablo— que si míster Lestry se niega a atender las indicaciones del sobre, ustedes lo asesinarán como hicieron con Pemberton.

«Ojos Fríos» sonrío levemente.

—Su capacidad de comprensión me convence de lo acertado que estuve al elegirle a usted para mensajero, míster Dealey.

—Está bien —contesto—. Llevaré esta carta. Pero luego...

—No me diga que irá a la policía, ¿verdad? No podría probar nada y se complicaría la vida innecesariamente, porque, entonces, saldría a relucir la carta que entregó a Pemberton. Aparte de que, puesto que no nos conoce, ni sabe quiénes somos ni dónde vivimos, ¿cómo iba a denunciarnos? Sin contar, claro está, con los posibles daños físicos de la encantadora *Mrs.* Dealy, que usted tratará de evitar a toda costa, ¿no es eso?

Me derrumbo sobre mi asiento. «Ojos Fríos» tiene razón.

No puedo hacer nada contra ellos. Me guste o no, he de seguir

desempeñando el papel de Ángel Negro.

El automóvil negro me deja a cien metros de la oficina. Camino como un sonámbulo.

Tengo que llevar la carta, tengo que llevar la carta..., me repito constantemente.

Por supuesto, mi trabajo de esta mañana se ve considerablemente afectado por las circunstancias que me rodean. A las once, recibo un aviso para, presentarme en el despacho de *Mr. Doobson*, mi jefe inmediato.

Acudo temblando. Me va a poner perdido. Lo menos que me dirá es que soy un inútil, un incapaz, que no sirvo ni para cambiar las cintas de las máquinas de escribir...

Con enorme sorpresa por mi parte, *Mr. Doobson* me recibe con gran amabilidad. En pocas palabras me explica que, habiéndole sido encomendada una división de superior envergadura, yo he sido ascendido y debo ocupar su puesto. Incluso me enseña ya la placa con mi nombre que figurará sobre la mesa de despacho que, a partir de este momento, será mía. *Míster Doobson* hace grandes elogios de mi capacidad de trabajo, mi inteligencia, mi probada fidelidad a la empresa; habla de que he sido citado elogiosamente ante el Muy Imponente Supremo Señor de la Empresa, *Phineas K. Meredith* y me anima a seguir por este mismo camino, el cual, asegura enfáticamente, conduce a ocupar uno de los puestos directivos de la *All World Insurance, Inc.*

Todo eso me suena a mí un poco a música celestial; no sé si, *Doobson* tendrá o no razón en los elogios que me prodiga a caño desatado; lo que sí sé es que el ascenso implica ciento veinticinco dólares más al mes y la posibilidad de tener el automóvil mucho antes.

Pero inmediatamente me acuerdo de una cosa y la alegría se esfuma de mi ánimo.

¡He de llevar la carta a *Lestry*!

Continúo siendo el Ángel Negro.

CAPÍTULO V

La *plaza* Topaha es más bien el cruce de dos calles. Está en la parte antigua de la ciudad —ochenta y cuatro años de existencia— y en tiempos fue uno de los parajes más distinguidos de Riverside. Ahora está pasado de moda y, por otra parte, como en Riverside no existe una tradición aristocrática tipo Boston o Filadelfia, el caso es que las casas antiguas de la plaza están habitadas por gente de medio pelo, como Lucy y yo.

Por eso es de extrañar que me ordenen llevar una carta a un sitio donde, aparentemente, el dinero no es una cosa que sobre mucho. Buscó el 127 y lo encuentro rápidamente.

Es una casa antigua; de planta y piso. El arquitecto, que la planeó no sé molestó mucho en hacer trabajar su imaginación; sería porque entonces no existía la aspirina y no quería dolores de cabeza. Piedras grises, tejado de pizarra inclinado, con buhardillas, un par de grandes chimeneas y ventanas altas y estrechas, cuadriculadas numerosas veces. Sobre la puerta de entrada hay un pequeño templete griego que es un horrendo pegote, al cual se accede por medio de un escalerilla de cuatro peldaños.

La casa no tiene timbre, sino cadena para la campanilla. Tiro y oigo al otro lado un sonido cascado, desagradable.

Espero un minuto. Al fin escucho un leve chasquido. El dueño de la casa me está mirando a través de una rendija. Debe de quedar satisfecho de su examen, porque abre la puerta, aunque no demasiado.

—¿Qué es lo que quiere usted? —pregunta, sin derrochar amabilidad.

Es un tipo sesentón, delgado, encorvado, de nariz ganchuda sobre la cual cabalgan unas antiparras tan prehistóricas como la

casa en que vive. Sus cabellos son ralos, blanquecinos y están cubiertos por un viejo bonete de paño, sucio y grasiento. Viste una bata que necesita urgentemente el relevo y se calza con unas zapatillas de paño.

La imagen que presenta Morris Lestry no puede ser más repulsiva. Me pregunto qué habrá encontrado «Ojos Fríos» en él para intentar sacarle dinero. Claro que también puede ocurrir que Morris Lestry sea el clásico avaro, inmensamente rico, pero que arrastra una existencia de miseria por su misma avaricia. En fin, eso no es cosa mía.

—Esta carta —digo lacónicamente.

Su mano, de dedos que parecen garras de ave rapaz, se apodera del sobre. Debiera irme, pero prefiero quedarme a ver qué pasa.

Lestry no se fija en mí. Rasga la carta nerviosamente, atropellándose casi. ¿Le habrán avisado telefónicamente de mi llegada?

Es posible. Le veo extraer una cuartilla plegada en cuatro dobleces y extenderla para leer su contenido. Mueve los labios al hacerlo; es de las personas que necesita deletrear las palabras para leer.

Tiene la piel amarillenta, casi apergaminada. De pronto se le vuelve cenicienta. Sus labios, lívidos, delgados, tiemblan convulsivamente.

—¡No! —gime—. ¡Ellos no pueden hacerme a mí esto!

—¡Perdón! —digo cortésmente—. ¿Puedo ayudarle en algo?

Lestry repara en mí. No se había dado cuenta de que continuaba aún bajo el templete.

Su respuesta consiste en cerrarme la puerta de golpe. Si no doy un salto atrás, me pulveriza el apéndice nasal.

Regreso a casa. Lucy sabe ya lo de mi ascenso, así que cuando le digo que es por esta causa que me he retrasado un poco, no me lo tiene en cuenta.

Me abraza satisfechísima. Dice que ya es hora de que empiecen a reconocer mis méritos y que con mi nuevo puesto, la empresa subirá como la espuma.

Oigo sus palabras distraídamente. Mi imaginación está fija en Lestry.

¿Habría aceptado las proposiciones de los bandidos? ¿Las

rechazará?

Lucy se sienta en mis rodillas. Me habla de una casita con jardín que vio días atrás y que está en venta, por una cantidad no demasiado elevada.

Pienso que Lestry muera tal vez, si no admite la extorsión.

Lucy dice que la casita necesita algunos arreglos, pero que la mayoría puede hacerlos ella, mientras yo estoy en mi trabajo.

¿Dos tiros en la nuca para Lestry?

Lucy manifiesta que el autobús pasa a dos manzanas de la casa. Añade que no le importará hacer sacrificios de vestidos, zapatos y peluquero durante un año si es preciso. Por otra parte, tal vez, con la noticia de mi nuevo ascenso y el respaldo de la compañía, el Banco me conceda un préstamo personal.

Tendré que leer el periódico detenidamente durante... ¿Cuánto tiempo tardaron en asesinar a Pemberton? Ah, sí, tres semanas.

Bueno —corta Lucy, casi gritando—. ¿Qué me contestas?

La miro. De repente, me siento infinitamente desdichado y la atraigo hacia mí. Hundo la cara entre sus pechos, cierro los ojos y aprieto los dientes.

Quisiera poder estrangular a «Sienes de Plata» y a «Ojos Fríos» y...

La tensión de nervios durante la semana siguiente ha sido extrema. Afortunadamente, el trabajo me ha evitado pensar demasiado en Lestry. Ahora soy jefe de una sección y he de adoptar decisiones. Tengo que concentrarme en mi labor; de lo contrario, volvería a mi viejo pupitre. Y son ciento veinticinco dólares más, ¡qué diablos!

Hay que esforzarse por conservarlos y, si es posible, aumentarlos.

Leo los periódicos atentamente. Sin noticias de Lestry en la semana que cito.

¿Habrá claudicado? Es lo más posible.

El viernes, cuando llego a casa, me encuentro con que falta Lucy.

Siento una angustia indefinible. Mi primer impulso es lanzarme sobre el teléfono y avisar a la policía.

Me contengo. ¿Qué les voy a decir? ¿Qué base puedo presentar como motivo para un supuesto secuestro? No puedo citar a «Sienes

de Plata» o a «Ojos Fríos». Los policías se reirían de mí... y si dijese algo relacionado con Pemberton —acerca de cuyo asesino no se sabe nada todavía—, me agarrarían en el acto por el cuello y me arrojarían a un calabozo subterráneo. No, he de callar y esperar.

Si han raptado a Lucy, ya avisarán por teléfono y dirán las condiciones del rescate.

Me siento en una silla. Es ya de noche. Fumo uno, dos, tres cigarrillos. Mis nervios aumentan.

De pronto oigo el ruidito de la llave en la cerradura. Me pongo en pie de un salto y corro como un loco hacia el recibidor.

—¡¡Lucy!!

Trae algunos paquetes en las manos, pero no me fijo en ellos. La estrecho entre mis brazos con todas mis fuerzas, con ciego frenesí. Ella ríe alegremente. Se siente satisfecha de mis muestras de afecto.

—Quita, loco, que me, ahogas —exclama con amoroso júbilo.

Trato de aparecer normal.

—¿De dónde vienes? —pregunto, recogándole los paquetes. Uno o dos han caído por el suelo.

—Adivínalo, señor marido mío —dice, guiñándome un ojo picarescamente.

—No será de hacer conquistas por ahí —contesto en tono de broma.

La verdad es que será menudita, pero está muy bien formada y es guapísima. Para mi gusto, claro está; lo cual significa que, como buen enamorado, pienso que todos los hombres tienen el mismo gusto que yo.

—Algo por el estilo, querido. —De pronta, pone sus manos sobre mis hombros y me mira—. He estado visitando la casita de la que te hablé el otro día.

—¡Vaya! —respingo.

—Es estupenda. Un poco descuidada, pero con una mano de pintura, algunos parches en la madera del suelo y un repaso al techo, quedará como nueva —dice. Suspira profundamente—. Si tuviéramos siquiera dos mil dólares...

—¿Sólo vale dos mil? —inquiero.

—No. El precio de venta es tres mil; claro que la agencia da facilidades para liquidar el importe en cuatro trimestres. Pero con dos mil dólares y rebañando nuestra cuenta de ahorros, reuniríamos

setecientos cincuenta más, que es lo que habría que pagar si hiciésemos la compra al contado. Ah, he quedado con el agente que iremos a visitarla tú y yo mañana antes del mediodía, aprovechando que es sábado. A fin de cuentas, tú eres el dueño y señor... y el que ha de buscar los dos mil dólares que nos hacen falta para convertimos en propietarios.

Lanzo un gemido.

—¡Dos mil dólares! ¿De dónde quieres que los saque, cariño?

Sus ojos brillan. Con voz cavernosa, me dice:

—Dedícate a asesinar a la gente rica, Tom. —Y luego estalla en una jocosa carcajada, franca, alegre, cristalina.

Yo no puedo reír.

Al día siguiente visitamos la casa.

Es bonita, en efecto. Tiene una sola planta, pero ocupa un área bastante extensa, relativamente, claro está. Además, se halla rodeada de un pequeño jardín, en cuya parte trasera, un día, quizá, podamos hacer excavar una diminuta piscina. Por supuesto, será preciso vallar el jardín.

Pero hay suficiente espacio en la casa, no sólo para nosotros, sino para los que puedan venir un día. Lo malo es que en nuestra libreta de ahorros sólo hay ochocientos veinticinco dólares.

Yo había ahorrado casi dos mil durante mis cinco años de trabajo; claro está que la boda y los gastos de instalación de nuestro pisito se llevaron un buen pellizco de los ahorros y eso que nos portamos moderadamente, y contando con que Lucy también aportó algunos Cientos. Podemos adquirí la casa en cuatro trimestres —me gusta la idea, ¿a quién no le agrada convertirse en propietario?—, pero me asusta el pensamiento de no encontrar los setecientos cincuenta dólares trimestrales, más los intereses correspondientes.

El vendedor, después de habernos enseñado la casa, se marcha. Es un hombre muy amable. Como le hemos prometido la contestación para el lunes o martes, sin más tardanza, nos deja la llave.

Lucy y yo hacemos cálculos durante un rato. Todavía no sabemos qué hacer.

De pronto oímos una voz en el vestíbulo.

—¿Puedo pasar?

Nos volvemos en el acto. Yo siento que la sangre huye de mi

rostro velozmente.

Hay un hombre parado bajo el dintel de la puerta de entrada. Tiene en la mano derecha un sombrero hamburgués. Sus sienes ostentan numerosos cabellos blancos.

CAPÍTULO VI

«Sienes de Plata» avanza hacia nosotros, con una brillante sonrisa en sus labios. Viste tan atildadamente como el día en qué le conocí. Si no supiera qué piase de sujeto es, diría que es un hombre cautivador.

—Les ruego disculpen mi intromisión —dice con voz bien modulada—. Aunque los sábados son días de descanso para todo el mundo, no lo son para mí. Suelo recorrer las casas en venta, ofreciendo mis servicios a los posibles compradores.

—¿Qué clase de servicios? —inquiero, ceñudo. Está Lucy delante y eso me impide ser más expeditivo.

«Sienes de Plata» extraer del bolsillo superior de su chaqueta una tarjeta de visita y nos la entrega. Leo las frases impresas en la cartulina.

COMPAÑÍA DE PRESTAMOS «LA UNIVERSAL»

Edificio «Thastel»,

5 D

—Soy uno de los agentes de la Compañía —manifiesta «Sienes de Plata», el cual, entre paréntesis, aún no se ha presentado—. Si desean comprar esta casa —u otra propiedad cualquiera— y sus ahorros no les llegan, visítennos, por favor; tendremos mucho gusto en atenderles. Damos grandes facilidades y el interés de nuestros préstamos es módico.

Parece un anunciante de la televisión.

—Así que ustedes hacen préstamos —exclama Lucy, vivamente.

—Eso es, mi querida señora...

—Dealy, señora Dealy —dice ella—. Éste es mi esposo.

—Encantado, señor Dealy —sonríe «Sienes de Plata»—. Por supuesto, para la concesión del préstamo y en cada caso, investigamos las posibilidades del solicitante, aunque en este caso —me precio de cierta experiencia en el ramo—, estimo que ustedes han de ser personas de toda confianza.

—Creo que no solicitaremos ese préstamo —digo hoscamente.

«Sienes de Plata» no se inmuta.

—Cada cual conoce sus propias necesidades —manifiesta amablemente. Saluda con toda cortesía—. Señora; señor Dealy...

Al quedarnos solos, Lucy me mira animada.

—Tom, ¿qué te parece...?

Ella tiene aún la tarjeta en las manos. Se la quito bruscamente y la rompo en varios trozos, que arrojo luego a un lado.

—Que no —contesto. Y, a guisa de explicación, añado—: Conozco bien a estos tiburones y sé que prometen mucho y luego exigen como negreros. Olvida ese préstamo, ¿quieres?

Lucy suspira profundamente.

—¡Qué remedio! —exclama en tono resignado.

Volvemos a casa. Estoy muy preocupado.

No me interesa la oferta del préstamo; hartó veo que es un cebo que «Sienes de Plata» ha lanzado para que yo pique y mantenerme sujeto aún más todavía de lo que ya lo estoy. Lo que me preocupa de veras es su oportunísima aparición.

Esto solo, puede demostrar una cosa.

Estoy vigilado estrechamente en todo momento. ¿Cómo no me habré dado cuenta antes de ello?

Hay una razón muy poderosa para explicarlo: ellos son delincuentes y yo no.

El lunes regreso a casa a la hora de costumbre.

Lucy corre a recibirme. Veo que sonríe brillantemente y que sus ojos lanzan unos destellos inhabituales. Se cuelga de mi cuello y me larga un beso de tornillo que me deja sin respiración.

—¿Alguna buena noticia? —inquiero.

—Sí; querido —dice. Se cuelga de mi brazo y me lleva hasta la cocina, que es donde solemos hacer las comidas cuando no tenemos invitados.

Veó algo sobre la mesa; un pequeño paquetito verde, envuelto

en celofán transparente y atado con una cinta de color rosa.

—¿Qué es esto? —pregunto, dominando difícilmente mi cólera.
Lucy junta las manos, arrobada.

—Cariño, ¿no te parece maravilloso? Recibí este mediodía una llamada telefónica del presidente de la Compañía de Préstamos. Me rogaba que fuese a verle, que quizá podría interesarme lo que tenían que decirme. Acudí. Me hablaron del préstamo y cuánto necesitaba... Les dije que dos mil solamente, que ya nos arreglaríamos. Añadí que tú tenías un buen empleo en la «All World», que estabas muy bien conceptuado y que tu sueldo podría salir garante del préstamo. Total, que me dieron los dos mil dólares para devolverlos en dos años, con sólo un seis por ciento de interés anual. ¿Qué te parece lo magnífica negociante que es tu esposa?

A medida que habla, la ira me ciega. Es que comprendo la diabólica astucia de «Sienes de Plata». Ahora, no sólo me tiene a mí entre sus garras, sino también a Lucy.

Sin poder contenerme, pego un manotazo al paquete con los billetes y lo lanzo contra un rincón.

—¡No quiero ese préstamo! —vocifero como un loco—. ¿Me has oído? Mañana mismo vas a... ¡No —rectifico apresuradamente—, yo mismo iré a devolverlo y a rescatar la póliza de préstamo! No quiero entramparme con esa pandilla de tiburones, entiéndelo bien de una vez.

—Se trata de nuestra casita —dice plañideramente—. Sólo tendríamos que pagar ochenta y tres dólares mensuales, más los intereses, que van disminuyendo a medida que el préstamo se reduce... En dos años, quedaríamos listos... De tu aumento de sueldo aún sobrarían más de treinta y cinco dólares mensuales...

—¡He dicho que no! —corto, tajante.

Voy al rincón de la cocina, me inclino, recojo el paquete y me lo guardo en el bolsillo.

Esa noche duermo en el diván del vestíbulo. Mal, por supuesto.

Al día siguiente, a la hora del *lunch* digo que tardaré un poco más de lo acostumbrado en volver. A fin de cuentas, ahora soy un jefecillo en la empresa y puedo tomarme algunas libertades.

Salgo a la calle y detengo un taxi. Quince minutos más tarde, estoy en el edificio «Thastel», una elevada construcción destinada casi exclusivamente a oficinas.

Cruzo el vestíbulo. El tiempo ha mejorado un tanto, pero sólo en lo referente a la temperatura, ya que todavía no hemos entrado en la primavera. Amenaza lluvia y me cubro con un impermeable.

Llevo la mano derecha metida en el bolsillo correspondiente. Mis dedos aprietan fuertemente el fajo de billetes. Pienso tirárselos a la cara a «Sienes de Plata».

Entro en el ascensor y subo a la quinta planta. Salgo al corredor. Busco la letra D entre las puertas de los distintos apartamentos. La encuentro.

Me quedo de piedra.

No hay ningún rótulo que indique que allí está ubicada una Compañía de Préstamos intitulada «La Universal».

¿Me habré confundido? Pero no, no hay duda posible; la tarjeta que «Sienes de Plata» nos entregó decía bien claramente: «Edificio Thastel, 5 D».

Oprimo el botón del timbre. Espero un minuto largo.

La puerta, no se abre, nadie me contesta.

Empiezo a comprender la verdad. Giro sobre mis talones y me dirijo al ascensor. En el vestíbulo, me acerco al mostrador de la recepción.

—Busco la Compañía de Préstamos «La Universal» —digo, tranquilamente.

El recepcionista me arroja una mirada de soslayo.

—Cerraron ayer por la tarde —contesta secamente.

—¿Dejaron dirección? —pregunto. Es un absurdo, pero...

—No, no dijeron nada. Simplemente, devolvieron la llave del departamento y se fueron.

Me fijo en un detalle. El recepcionista habla en plural. Eso significa dos personas como menos.

También me doy cuenta de que se muestra un tanto renuente a hablar. Como he leído más de una novela policíaca, sé cuál es el truco para engrasar su lengua.

Saco un billete de cinco dólares y lo agito delante de sus narices.

—¿Cuántos eran?

—Dos, señor —dice el tipo, ya más amable a la vista del dinero.

—Descríbamelos.

La descripción concuerda. Eran «Sienes de Plata» y «Ojos Fríos».

—¿Podría ver el despacho que ocuparon? —pregunto.

—Si gusta... Pero no encontrará nada; estos despachos se alquilan amueblados.

Me imaginaba algo parecido. Atrajeron a Lucy a la trampa y ahora, no sólo me tienen cogido a mí, sino también a ella. Ha estampado su firma en una póliza de préstame. El plan ha salido perfecto.

Lucy ha picado ingenuamente. ¿Por qué no me habrá avisado de sus intenciones? Yo se lo hubiera impedido y...

De nada sirve ya formularse reproches. Tampoco quiero subir a examinar el despacho de la supuesta Compañía de Préstamos. Son unos tipos listos y no habrán dejado el menor rastro que pueda comprometerles.

Entrego el billete al recepcionista y me despido. Vuelvo a la oficina.

Una vez más, me pregunto por qué me habrán elegido a mí como su mensajero mortal. ¿Por qué?

A la tarde, regreso a casa. Lucy me recibe en silencio.

Le entrego el fajo de billetes.

—Toma, compra la casa —digo.

Lanza un grito de alegría y se cuelga de mi cuello.

—¡Tom, querido!

Siento el acelerado palpitar de su pecho que se oprime contra el mío, en tanto acaricio sus largos y sedosos cabellos negros. ¡Si ella lo supiera!

—Pero con una condición —digo.

Levanta los ojos y me mira con infinito apasionamiento.

—Lo que tú quieras, amor mío.

—Nos mudaremos a la casa que has comprado. Ahora bien, yo seré el encargado de abonar el préstamo. Si viene un cobrador de la Compañía, le envías a mi oficina. Si estoy a punto de llegar, dile que espere, ¿quieres?

—¿Cómo no? —ronronea, frotando su mejilla contra la mía—. ¡Es una casa tan hermosa! Verás qué bien quedará cuando la hayamos amueblado y decorado del todo...

—Ten en cuenta que nos vamos a quedar sin apenas dinero —observo.

—No importa. Hay mucho tiempo por delante para acomodarla a nuestro gusto —responde, inmensamente feliz.

Por la noche, me cuesta trabajo conciliar el sueño...

Lucy duerme sosegadamente, con la cabeza apoyada en mi hombro. Sus cabellos, extendidos en abanico; ponen una mancha negra sobre la pálida blancura de la almohada.

Pienso en cómo atraer a una trampa a esos dos granujas. ¡Si supiera dónde viven!

Pero ¿qué clase de trampa podría ponerles?

No tendría medios de demostrar que son unos asesinos y chantajistas y, además, me comprometería yo mismo. Lo único que me queda es esperar... Esperar y rezar por un milagro.

Lo malo es que no estamos en época de milagros.

CAPÍTULO VII

Nos hemos cambiado de casa.

Lucy ha trabajado mucho. Yo también, en los fines de semana.

Claro que todavía quedan algunas habitaciones vacías, pero, aparte de que, por ahora, no las necesitamos, amueblarlas es sólo cuestión de tiempo y paciencia.

Han transcurrido ya cuatro semanas. Empiezo a olvidar todo nuevamente.

¿Habrán resuelto dejarme en paz? A veces pienso una idea disparatada: El préstamo fue hecho como una especie de compensación por mi trabajo. Me han dado ese dinero y ya no volverán a molestarme más.

Pronto me doy cuenta de mi equivocación.

Estoy leyendo el periódico, recién regresado del trabajo. El programa de televisión de hoy no me agrada.

Llaman a la puerta. Oigo vagamente el taconeo de Lucy que vuelve a abrir.

Lucy viene.

—Tom, está el cobrador de la Compañía de Préstamos — anuncia.

Siento que el techo se me cae sobre la cabeza. ¡Adiós mis caras ilusiones!

—Bien —contesto con voz neutra—, vuelve a la cocina. Yo le atenderé.

—El dinero para el primer préstamo está en el bote del azúcar — sonrío ella.

—Lo sé, lo sé —rezongo. Y me dirijo al vestíbulo, donde veo a un sujeto de rostro estólido, con un papel en la mano—. Lo siento, amigo —digo bruscamente—, no tengo dinero.

El cobrador respinga.

—¡Cómo! —dice.

—Ya lo ha oído. Pero si vuelve mañana, le prometo pagarle sin falta.

Se me ha ocurrido una idea. Puede ser que de resultado.

—Muy bien —acepta el individuo. Y se va sin más.

Mañana, esperaré apostado su llegada. Quiero ver quién vierte con él, qué dirección trae... Salir ahora tras él, podría infundir sospechas.

Vuelvo a leer el periódico. Lucy grita desde la cocina:

—¿No le has pagado, Tom?

—No, el tipo no traía mi recibo. Se había equivocado. Ha dicho que volverá mañana —miento.

Lucy no contesta; da por válido mi embuste.

Al día siguiente me ocurre una cosa muy rara.

Míster Doobson, al término de una conferencia que sostenemos sobre diversos asuntos de nuestras secciones, me pregunta si siento alguna preocupación especial.

—No. ¿Por qué lo dice usted? —inquiero.

—Bien, me pareció verle un tanto grave... ¿Motivos económicos, quizá? —sugiere. Y, añade—: en tal caso, ¿por qué no va a ver al cajero? Míster Meredith, en la última junta de accionistas, propuso y se aceptó, que los empleados de la casa, pudieran pedir hasta un mes de sueldo adelantado, a devolver en doce mensualidades. Usted lleva poco tiempo de casado y eso siempre implica gastos extra, ¿no es cierto? —Me palmea los hombros afectuosamente—. Ande, ande, vaya a ver al cajero y pídale un mes anticipado. —Me guiña el ojo—. Todos nos hemos visto en su caso, míster Dealy.

Efectivamente, el cajero me entrega, contra un recibo firmado, quinientos veinticinco dólares, mi sueldo de un mes. Total, entre el préstamo de «La Universal» y este anticipo, mi aumento se ha ido al cuerno. Pero, eso sí, tengo casa propia.

Regreso del trabajo sumamente contento. Estos quinientos y pico dólares nos permitirán hacer un montón de compras que, de otro modo, deberíamos haber pospuesto para dentro quizá de un año o más.

Tan contento me vuelvo, que me olvido del día anterior. Lucy se encarga de arrojarme un jarro de agua fría al abrirme la puerta de

casa.

—Estuvo el cobrador de «La Universal». Le pagué y me entregó el recibo. ¿Quieres verlo? Me dio apuro hacerle volver otra vez...

La sonrisa se borra de mis labios. ¡Qué astutos!

Trato de componer buena cara y le cuento lo que me ha pasado. Lucy se alegra infinito. Me besa muchas veces. ¡Pobrecilla, si supiera la verdad!

El recibo está en regla. No veo en él nada de particular, salvo, el membrete de una entidad inexistente, claro está.

Me siento en mi sillón. Tengo el periódico desplegado y la televisión en marcha, pero no atiendo a ninguno de los dos. Presiento que dentro de muy poco, «Sienes de Plata» u «Ojos Fríos» van a dar señales de vida.

Por cierto, me había olvidado de él. Lestry vive.

La noticia de su asesinato no ha aparecido en la Prensa. Eso es que pagó.

Suena el teléfono de repente. Alargo la mano.

—¿Míster Dealy?

Me pongo tieso como un poste. La voz inconfundible, es de «Sienes de Plata».

—Sí —contesto rígidamente.

—Mañana, a la hora del *lunch*, le espero cien metros al norte de su oficina, en la misma acera.

Cuelga antes de que pueda formularle yo la menor pregunta.

—¿Quién era? —pregunta Lucy desde la cocina.

—Un idiota. Se equivocó de número —respondo.

—Ah, bueno.

¿Quién puede dormir la noche qué sigue? Sólo cerca de la madrugada logro conciliar el sueño.

Mi encuentro con «Sienes de Plata» se realiza puntual. Camina por la acera, balanceando tranquilamente su bastón con puño de plata. Me saluda agradable y cortésmente.

La gente pasa y repasa por delante de nosotros. Es un encuentro casual; no tiene ninguna importancia.

Me entrega el sobre. Sonríe. Junto con el sobre, me da también un puñadito de billetes.

—Ochenta y ocho dólares, importe del primer plazo del préstamo que le hicimos más intereses —dice cínicamente.

Me pongo rígido.

—Imagínese que no quiero llevar el sobre.

—Tengo entendido que usted ama entrañablemente a su esposa —dice afablemente.

—¡Maldito! —digo entre dientes.

—Es un trabajo tan fácil, ¡y tan sencillo! —habla «Sienes de Plata»—. Bien, míster Dealy he tenido mucho gusto.

El «Mercedes» tipo diplomático se acerca a la acera. Al tiempo de montar en él, me mira y dice:

—Como la vez anterior, tiene veinticuatro horas de plazo para entregar la misiva.

Ocupa el asiento posterior. El chófer se sitúa tras el volante y arranca.

En ese momento se me ocurre una idea. Trato de ponerla en práctica sin más dilación.

Pasa un taxi. Levanto la mano. El coche se aproxima a la acera. Voy a seguir al «Mercedes». Así tendré una pista...

En él momento en que me dispongo a abrir la portezuela, una mano descortés me aparta con fuerza a un lado.

—¡Quítese, imbécil! —dice un robusto jayán, metiéndose en el taxi—. ¡Yo lo vi primero!

La sorpresa me deja paralizado. El taxi arranca y yo quedo como una estatua junto al bordillo de la acera.

No cabe la menor duda. Esos tipos están en todo. Tenía un gorila vigilándome y, cuando vio que me disponía a seguir al «Mercedes», entró en acción, dejándome con un palmo de narices.

Vuelvo a la oficina con un íntimo sentimiento de frustración y amargura, que me deja muy abatido durante el resto del día.

¿Cómo deshacerme de la «presión» de esos sujetos?

Saco el sobre. Lo tanteo. Puedo darme, cuenta de que dentro hay una cartulina. Seguramente, una fotografía.

Chantaje, no cabe la menor duda.

Pero en este caso, el chantajista, violando el código común, no duda en asesinar a su víctima, si ésta se niega al pago de la cantidad solicitada en la extorsión.

Dudo, vacilo. Sin embargo, sé de sobras qué acabaré llevando la carta al destinatario.

¡No puedo consentir que Lucy sufra el menor daño!

CAPÍTULO VIII

El destinatario, en esta ocasión, se llama Harold M. Regan y reside en el número 288 de Mason Street.

En una casa de líneas severas, situada en un barrio tranquilo y residencial. Pese a su antigüedad, su estilo es infinitamente mejor y está mucho más cuidada que la de Lestry.

Sale a recibirme una linda doncellita ataviada con el clásico indumento de su empleo. Me introduce en un cuartito de recibir cuando la expreso mis deseos de hablar con el dueño de la casa.

Regan viene a los pocos momentos. Es un sujeto de cuarenta años, tremendamente fornido, de mirada penetrante y manos como palas. Al lado de él, parezco un monigote.

Toma la carta y la mantiene entre sus dedos unos momentos, antes de abrirla.

—¿Quién le entregó esta misiva? —pregunta con voz, de trueno.

—U... un amigo —digo—. Eso es todo por mi parte.

Y procuro escurrirme hacia la salida, pero el tipo extiende un brazo y me corta el camino.

—Aguarde un poco, hermano —objeta.

Permanezco en pie, temblando de pánico en mi interior. Los anchos hombros de Regan y sus piernas, ligeramente separadas, me bloquean la salida por completo.

Veo que rasga el sobre y saca de su interior una nota escrita y una fotografía. Contempla ésta un momento y luego lee la nota.

De pronto se echa a reír. Se guarda el sobre, la carta y la fotografía en el bolsillo, sin dejar de lanzar grandes carcajadas. Esto me desconcierta.

De pronto, Regan se vuelve y lanza un poderoso grito:

—¡Mabel!

Luego me dice:

—Venga, por favor, míster... ¿Cómo dijo que se llama?

—Jones —contesto apresuradamente.

—Es un nombre falso, pero sirve —dice el tipo, de buen humor.

Salimos al vestíbulo. Una mujer baja del piso superior.

Es alta, de arrogante figura, pechos opulentos y rotundas caderas. Muy bella, aunque ya cuenta con treinta y cinco años y ha de estirarse a cada momento la faja que comprime su incipiente abdomen y la protuberancia de las caderas. Viste muy sofisticadamente y tiene el pelo de un color rubio platino muy estridente. Pese a todo, no cabe duda de que es una mujer de toda una pieza.

—Mabel —dice Regan—, ¿te acuerdas de aquel cuento que te conté en cierta ocasión?

—Sí, querido —contesta ella, con voz neutra,¹ mientras me recorre: con la mirada de los pies a la cabeza.

Regan está que se tumba de risa.

—¡Pues ahora, unos tipos pretenden sacarme dinero a cuenta de aquel pecadillo de juventud! Gracioso, ¿eh?

—Sí, muy gracioso.

—Y este bacilo —me señala con el pulgar—, es el mensajero. ¿Qué respuesta te parece que les dé, cariño?

Mabel Regan continúa mirándome con glacial expresión.

—Lo dejo a tu discreción —responde.

—Muy bien hermosa —contesta el dueño de la casa. De pronto me pasa una mano por encima del hombro y me conduce hasta la puerta— Se encargará de llevar la respuesta a sus amigos, ¿no es cierto, míster Jones?

Trago saliva. Tanta amabilidad me pone los pelos de punta, francamente.

Regan abre la puerta de par en par. De pronto, dice:

—Vuélvase, míster Jones.

En lugar de ello, doy un salto y echo a correr. Cualquiera espera el puñetazo que me reserva ese tipo. Me destrozaría la cara... y ya tengo una dura y amarga experiencia sobre el particular.

Oigo las maldiciones de Regan mientras me golpeo con los talones en el final de la espalda. ¡Maldito, maldito mil veces «Sienes de Plata»!

El lecho conyugal, esta noche, para mí, es un infierno.

He de hacer lo imposible para salvar la vida a Regan.

No quiere pagar, está bien claro. Pero ¿cómo librarle del desastre que se le avecina?

A mediodía, salgo de la oficina y busco una cafetería situada a trescientos metros, en una calle transversal. Entro en la cabina telefónica. Busco en el listín de direcciones la de Regan. Encuentro el número, pongo una ficha en la ranura y marco las cifras correspondientes.

La voz que me responde pertenece a una mujer.

—¿Señora Regan?

—Un momento, la llamaré enseguida. —Es la doncella—. ¿De parte de quién, por favor?

—Míster Jones.

—Muy bien, míster Jones.

La voz de la espléndida rubia se deja oír segundos después.

—Soy *mistress* Regan —manifiesta.

—Escúcheme... Dígale a su marido que pague... que haga lo que le dicen esos tipos... Son crueles, perversos, asesinos... No tienen entrañas... Por favor, dígaselo...

Cuelgo sin más, sin darle tiempo a responder. Jadeo, sudo copiosamente. Incluso creo que tengo la mirada extraviada.

Para reanimarme, hago algo que no tengo costumbre. Camino torpemente hasta el mostrador y pido un doble de *brandy*. El alcohol me quema la garganta. Toso, estornudo, me congestiono.

No sé cómo puedo recomponerme y no mostrar al exterior el infierno que estoy pasando.

¡Regan va a morir asesinado!

¡Dios mío! ¿Por qué me habrán elegido a mí para desempeñar esa siniestra misión? ¿No hay en Riverside cientos o miles de tipos que hubieran podido ser elegidos también como yo?

Paso otra noche infernal.

Al día siguiente, se me ocurre otra idea.

Busco un teléfono apartado y llamo a la policía.

—Tomen nota de lo que voy a decirle —hablo apresuradamente—: Míster Harold M. Regan, que vive en el 288 de Mason Street, va a ser asesinado. ¡Protéjanle, por favor! —Y cuelgo.

Me limpio el sudor de la frente.

Es todo lo que puedo hacer. Debo velar por la vida de Lucy.

Pasan algunos días. Leo afanosamente los periódicos. No se publica ninguna información relativa a Regan. Pero esto no me tranquiliza.

Sé que «Sienes de Plata» y sus compinches son unos demonios. Lo matarán, lo matarán...

¡Si pudiera hacer yo algo en favor de Regan!

Un día, de pronto, Lucy me dice:

—Tom, empiezo a preocuparme por ti.

La miro, procurando mostrarme sereno.

—¿Por qué lo dices? —inquiero.

—A veces —contesta, jugueteando con la cuchara—, pienso si no hubiera sido mejor que hubieses rechazado el ascenso.

—¡Tontería! —respondo—. Son ciento veinticinco dólares al mes. Te han permitido comprar la casita de tus sueños, ¿no es eso?

—Sí, pero también te han procurado muchas más preocupaciones. Estás pálido, ojeroso, has perdido peso... duermes mal por la noche... A veces hablas en sueños...

Siento que un frío terrible me hiela la espalda.

—¿De veras? —digo, forzando una sonrisa—. Te habrás enterado de muchos de mis secretos, ¿no es cierto?

—Oh, no —responde en tono negligente—, no se te entiende lo que dices. Pero, francamente, ¿por qué no te lo tomas un poco menos a pecho? Yo quiero un marido, no un sombrero, ¿comprendes?

—Sí, querida. Bueno, procuraré frenar el ritmo de mi labor. ¿Te parece bien que vayamos a pasar el próximo fin de semana al lago Gilligan? El tiempo es magnífico, ¿no crees?

—De acuerdo —accede ella con los ojos muy brillantes y una maravillosa sonrisa en sus labios.

Volvemos el lunes: Ahora me traen el diario a casa. Leo los del sábado y domingo. Regan sigue con vida.

¿Se habrán arrepentido?

La semana transcurre sin novedad. Entonces me doy cuenta de una cosa.

Estamos entrando en la tercera semana después de haberle entregado a Regan el sobre fatídico. Pemberton murió al cumplirse también la tercera semana. Por lo tanto, si Regan no ha pagado —y

ello es evidente, dada la actitud que pude observar—. «Sienes de Plata» habrá dispuesto ya su muerte para uno de estos días.

¿Puedo evitarlo yo?

Vamos a ver qué es lo que puedo hacer.

Cuando termino mi labor, telefono a Lucy.

—Esta noche iré un poco tarde, querida. No me esperes y acuéstate.

—¡Tom! —me reprocha ella—. Quedamos en que no trabajarías tanto...

—Lo siento, mi vida —respondo tajante—; es absolutamente necesario que me quede.

Y corto.

Cuando termino el trabajo de veras, es aún de día, Tomo un café en un bar próximo. Luego, sin prisas, me dirijo a Mason Street.

Me sitúo en las inmediaciones de la casa de Regan. Busco un lugar discreto, desde donde pueda ver sin ser visto. Espero.

Regan llega poco después en su automóvil. Le veo entrar en su casa. Esta noche no ha ocurrido nada. Respiro aliviado.

Tomo un taxi y vuelvo a mi domicilio. Lucy me recibe gruñendo. Estoy contentísimo, de modo que no me cuesta mucho hacerle olvidar su disgusto. Ella, encantada, claro.

Pero por la mañana siguiente mi alegría desaparece. La amenaza continúa gravitando sobre la vida de Regan.

Y yo continúo con mis pretextos. He de hacer todo lo que pueda en su favor.

En este caso, los chantajistas han fallado. Ignoro por qué Pemberton no quiso pagar y murió; posiblemente, porque sabía que si pagaba una vez, seguiría pagando, se resistió a someterse a la extorsión.

Pero el caso de Regan es distinto. Debió cometer algún pecadillo tiempo atrás y ahora, «Sienes de Plata» y «Ojos fríos» quieren presionarle, amenazándole con contárselo a su esposa. Lo malo para ellos es que Regan es un hombre como deben ser los hombres y se ha confiado a su mujer. Por lo tanto, puesto que ella —según mis deducciones, claro—, ha comprendido y perdonado, la amenaza ya no le importa a Regan en absoluto.

Debe pensar que un chantajista amenaza, pero no mata.

Éstos, sí matan. Además, lo anuncian. Y yo soy su mensajero

mortal, su Ángel Negro.

Regan no ha vuelto a casa aún. Son las diez de la noche. Es raro.

Transcurre otra hora más. ¡Dios mío, Lucy me va a poner de vuelta y media cuando regrese!

Son las once y media ya. Quizá Regan no ha salido de casa ese día.

De pronto, veo una silueta oscura que aparece por la esquina opuesta. Es un sujeto que viste enteramente de negro, con un gran sombrero cuyas alas le tapan el rostro. Lleva las manos en los bolsillos del sobretodo.

¿Por qué abrigo, si hace ya una temperatura estupenda?

Sólo hay una explicación: es el asesino.

Mi boca pierde la saliva de pronto. Regan debe estar a punto de volver.

El asesino se detiene junto a la entrada de la casa. Se para, mira a derecha e izquierda.

Decido intervenir. En estos momentos, no me acuerdo de mi esposa.

Retrocedo un poco y cruzo la calle. Paso a la otra acera. Camino tranquilamente, como si fuese un transeúnte cualquiera.

No sé qué voy a hacer; nunca he luchado con otro hombre. Y el asesino es un tipo avezado a las situaciones peligrosas.

La distancia disminuye; diez... nueve... ocho... siete... seis metros.

De pronto, el coche de Regan dobla la esquina y se detiene ante la puerta de su casa, antes de que haya podido alcanzar al asesino.

Echo a correr, en el momento que Regan se apea. Lanzo un agudo grito:

—¡Cuidado, Regan!

CAPÍTULO IX

Regan se vuelve sobresaltado al oír mi grito de aviso. En ese momento, algo metálico brilla en la mano del asesino.

—¡Al suelo! —chillo frenéticamente.

Es tarde ya. La boca del arma vomita un lanzazo de fuego.

Alcanzado en mitad del rostro, Regan gira pesadamente y se desploma al suelo como un fardo.

El asesino ha oído mi grito. Se vuelve hacia mí. Yo debiera huir, escapar antes de que fuese demasiado tarde. Peto ya no puedo.

Una rara excitación se ha apoderado de mi ánimo. Estoy lanzado hacia adelante. Ni yo mismo podría contener mi propio ímpetu.

El asesino levanta la mano armada. Su movimiento resulta tardío. Caigo como un proyectil sobre él, levantándole la muñeca con mi mano izquierda. Es de mi complexión, aproximadamente, lo cual significa que no puede resistir el impacto de mis setenta kilos y cae de espaldas por el suelo; yo encima, naturalmente.

Al caer, su cabeza choca contra el duro bordillo de la acera. Oigo un chasquido estremecedor.

Una vez, abrí un coco a martillazos. El ruido es exactamente igual.

La mano del asesino se extiende. Sus dedos se aflojan. El revólver cae fuera de la acera. Sus ojos quedan vidriados, reflejando las estrellas que brillan sobre nuestras cabezas.

Comprendo que ha muerto instantáneamente. Pero he actuado tarde, demasiado tarde. Regan ha muerto también.

Giro un poco la cabeza. El rostro de Regan presenta un aspecto horrible, destrozado por el proyectil, que le ha penetrado por debajo del pómulo izquierdo.

Suena un grito de terror. Esto me vuelve a la realidad.

Si me encuentran junto a los dos cuerpos, lo pasaré muy mal. Se demostrará que el asesino mató a Regan. Puedo alegar que traté de impedirlo y es posible, en tal caso, que no me ocurra nada... si no fuera porque llamarán a declarar a la viuda y ésta me reconocerá. Dirá que soy el que le llevó la nota de amenaza...

Debo huir.

Me pongo en pie de un salto y escapo a todo correr. Afortunadamente, es una zona penumbrosa, de escasa visibilidad. Oigo gritos y chillidos. Suena uno más fuerte.

Ya han descubierto los cadáveres.

Pero yo he podido escapar.

Llego a casa en un estado de excitación realmente indescriptible. Sin embargo, logro entrar sin producir el menor ruido.

Me dirijo a la cocina. Abro la nevera y extraigo una botella de leche, parte de cuyo contenido pongo al fuego. Necesito pensar tranquilamente, recapacitar.

He matado a un hombre.

No me importa demasiado la muerte que he cometido. Era un asesino. Claro que no era él quien debiera haber muerto, sino los que le pagaron por cortar la existencia de Regan.

Reflexiono mientras tomo la leche a pequeños sorbos. Me imagino que «Sienes de Plata» y «Ojos Fríos» se sentirán profundamente desconcertados cuando lean mañana, en la Prensa, que su pistolero ha muerto. Su desconcierto aumentará más cuando vean que la causa de la muerte ha sido fractura del cráneo. Esto les dará mucho que pensar.

De pronto me digo que tal vez sería útil ponerme en contacto con ellos. Decirles que no les tengo miedo, que ya no llevaré más mensajes suyos, que no quiero seguir cumpliendo unas órdenes que entrañan la muerte de uno de mis semejantes cada vez que me las dan.

Pero inmediatamente pienso en Lucy.

La harán daño, la matarán... y yo no puedo consentir que la maten.

De repente se me ocurre una idea. ¡Qué tonto he sido! ¿Cómo no lo habré pensado antes?

Enviaré a Lucy fuera de Riverside una temporada. ¡Faltando ella, no me pueden presionar más y...!

—Creía que ya no vendrías esta noche, Tom —oigo de pronto la voz de mi esposa.

Está en la puerta de la cocina, con los brazos cruzados y una mirada de reproche en sus lindos ojos negros.

—Lo siento —digo humildemente—. Tendrás que dispensarme...

De pronto avanza hacia mí. Pone sus manos sobre las solapas de mi traje.

—He tenido buen cuidado de limpiarlo antes de entrar en casa.

—A ti te ocurre algo, Tom —dice—. No, no me digas que no —exclama, adivinando mi próxima negativa—. Lo sé. Llámalo intuición, presentimiento, instinto femenino..., como mejor te parezca, pero es cierto.

Las lágrimas ruedan por sus mejillas.

—¿Por qué no te confías a mí? Tom, yo creí que cuando nos casamos, habíamos prometido confiar mutuamente el uno en el otro, no engañamos jamás, no ocultamos ninguna cosa, por grave o dañosa que pudiera ser, con el fin de que el que la padeciera pudiera ser ayudado por el otro... Estas ausencias tuyas, tu extraña manera de comportarte, tu insomnio... Por lo que más quieras, dímelo, Tom, dímelo... —ruega, con un gemebundo sollozo.

¿Qué contestar? ¿Puedo decirle la verdad?

No. Rotundamente, no. Sería capaz de hacer algo, de cometer una grave imprudencia... Me estremezco de pavor, pensando en que he caído en manos de una temible banda de asesinos, que no vacilan en recurrir a los peores métodos con tal de lograr sus turbios propósitos. Si Pemberton y Regan no quisieron ceder, fueron despiadadamente eliminados, por lo que no cabe la menor duda de que harían algo contra Lucy, sin importarles nada en absoluto.

Para esos asesinos, una vida humana es algo que carece de valor, si no pueden obtener de ella algún provecho.

—Vete a la cama —digo con voz dura. Secamente añadido—: Repito que no me pasa nada.

Ella me mira. Quiere decirme algo, pero no sé atreve. Gira sobre sus talones y se marcha.

Por segunda vez desde que nos hemos casado, debo dormir en el diván del vestíbulo.

Los periódicos de la mañana traen una información sensacional, es lógico.

Hablan del asesinato de Regan y de la muerte de su asesino. Mencionan el desconcierto de la policía al hallar muerto al sujeto que disparó contra Regan y no aciertan a explicarse cómo pudo matarse. El oficial de policía al cargo de las investigaciones sugiere que el asesino resbaló y cayó de espaldas cuando quería escapar, después de haber dado muerte a su víctima.

No es una hipótesis ilógica, después de todo. Pero lo que más me asusta es la declaración, de la viuda de Regan.

Habla de mí.

Afortunadamente, la descripción que hace de mis características fisonómicas es muy inconcreta. Pero la policía se ha puesto a buscar frenéticamente cualquier rastro del hombre que, tres semanas antes, llevó a Regan una nota amenazadora.

La mañana transcurre en medio de una lentitud de infierno para mí. Menos mal que, en medio de todo, he podido dar con una buena idea para llamar la atención de «Sienes de Plata».

Escribo una nota a máquina. Luego la meto dentro de un sobre, junto con dos billetes de a cinco dólares. Hay lo suficiente para cuatro días.

Escribo el sobre. Va dirigido al Tribune, sección de anuncios personales.

Durante cuatro días, el periódico, en esa columna, publicará el siguiente anuncio:

*«“Mensajero Forzoso” desea ver pronto a su buen amigo
“Sienes de Plata”».*

Confío en que «Sienes de Plata», o sus esbirros, sepan descifrar el significado de esa frase. Suponiendo que alguno de ellos, claro está tenga la ocurrencia de leer las columnas de «personales» del diario.

Pero no tengo otra solución para entrar en contacto con ellos.

¿Qué les diré cuando nos enfrentemos?

No lo sé; todo depende de las circunstancias. En todo caso, les haré ver que estoy absolutamente dispuesto a deshacerme de ellos, mejor dicho, a conseguir mi independencia de un modo absoluto. Deben ver que mi propósito es firme y que nada lo hará variar... porque tengo un medio de obligarles a aceptar mi decisión.

Ha transcurrido una semana.

La policía de Riverside continúa buscándome. Dudo mucho que me encuentre.

«Sienes de Plata» sigue sin aparecer. Bien, mi propósito falló. Ha sido una verdadera lástima.

Pero presumo que no tardaré mucho en verlos de nuevo. Alguien debe recibir una carta fatídica dentro de poco y, naturalmente, vendrán a verme.

Es hora de que ponga en práctica mi idea. Sugiero a Lucy la conveniencia de ir a visitar a su madre, que vive en Fresno, California.

Lucy se extraña de mi proposición, pero acepta al cabo. Partirá dentro de dos días, por el autobús de la compañía «Greyhound». Le digo que yo me encargaré del pasaje. Ella no objeta nada.

Dos días más tarde, salgo de la oficina un poco antes y voy a buscarla a casa en un taxi. Lucy está ya preparada. Tomo su maleta y le ayudo a sentarse. La madre de Lucy ha sido avisada por un telegrama.

El taxi nos deja en la estación de autobuses. Permanezco allí hasta que parte el que se lleva a mi esposa.

Satisfecho, vuelvo a casa. Para no trabajar esa noche, ceno en un restaurante próximo.

Regreso a casa cerca de las nueve de la noche. Inserto la llave en la cerradura. Abro.

Las luces están encendidas. ¿Quién diablos ha entrado en mi ausencia?

Oigo ruido de tacones. Lucy aparece ante mis ojos.

Su rostro tiene una expresión impasible.

—He resuelto quedarme contigo —dice.

Durante unos momentos, permanezco silencioso, aturdido por la sorpresa. Quisiera gritar: «¡Pero te matarán si no te vas!», y las palabras se resisten a salir de mis labios.

Estúpidamente, digo:

—Tu madre...

—Acabo de hablar con ella por teléfono. No te preocupes.

Hay un momento de silencio. Lucy avanza hacia mí.

—Ignoro lo que te ocurre, pero sea lo que sea, aunque no quieras decírmelo, estaré a tu lado en todo momento. Lo juré

cuando nos casamos y sólo la muerte me impedirá cumplir mi palabra.

La abrazo desesperadamente contra mi pecho. Lucy solloza quedamente.

Yo también quisiera llorar.

CAPÍTULO X

Cuando, una semana más tarde, «Ojos Fríos» me detiene en la calle, no siento extrañeza alguna. Hacía tiempo que esperaba que él o su compinche se hicieran visibles.

Me saluda cortésmente. Luego quiere entregarme un sobre.

Meto las manos en los bolsillos y le miro impertinentemente.

—No, hermano —digo.

Pese a su impasibilidad, «Ojos Fríos» se queda cortado. Reacciona con presteza, sin embargo.

—Recuerde a su esposa —amenaza.

Pasa un policía a cuatro pasos, balanceando distraídamente su porra.

—¿Quiere que empiece a gritar y le diga que es usted el asesino de Regan? Le detendrán, le llevarán a la Jefatura, yo diré que mi esposa está amenazada, la pondrán bajo protección...

Los ojos del rufián pierden su frialdad. Ahora lanzan destellos de ira. Es evidente que se encuentra ante una situación completamente nueva para él.

—Deseo hablar con usted y su compinche, el de las sienes plateadas —continúo, antes de que pueda dirigirme la palabra—. Hoy, mañana, cuando mejor les parezca. —Aún tengo las manos en los bolsillos. Se me acaba de ocurrir una idea audaz—. Pero comprenderá que es una solemne estupidez llevar una carta por cuatro cuartos, cuando se puede ganar mil o dos mil veces más.

—Le costará caro —barbota.

—Es posible. Pero tendrán que buscarse otro mensajero... ¿y quién sabe si podrán hallar uno tan complaciente como yo? —Saco una mano y chasqueo los dedos—. Ya conoce mis teléfonos, así que largo. Llámenme cuando tengan que decirme algo más interesante.

Giro sobre mis talones y me marcho. «Ojos fríos» no se atreve a seguirme.

Paso la noche en un estado de tensión insoportable. Duermo mal, me despierto con frecuencia. ¿Qué sucederá?

¿Cuál será la reacción de los forajidos cuando vean que, por ahora, me he negado a servirles de correveidile?

El nuevo día llega al fin. Acudo a la oficina. Antes de salir, Lucy me despide con un apretado beso. Ha puesto el alma en el gesto.

Silenciosamente, ruego para que no le suceda nada. Presiento que los forajidos pretenderán conocer mis intenciones antes de actuar. Si lo que calculo resulta cierto, entonces, dispongo de un día o dos para prevenirme.

¿Debo comprar una pistola?

Es preciso que transcurra casi toda la jornada antes de que suene el teléfono de mi despacho.

—¿Míster Dealy?

Es la voz suave y bien modulada de «Sienes de Plata».

—Yo mismo —contesto.

—¿Tendrá inconveniente en que le esperemos a la salida de su trabajo? —pregunta con suma cortesía.

—Ninguno, en absoluto.

—Muy amable, míster Dealy. Entonces, hasta luego.

Suena un «¡click!». Me froto las palmas de las manos, repentinamente húmedas.

Dan las cinco de la tarde. Me despido precipitadamente.

Hay un gran coche negro casi en la puerta del edificio. Me dirijo rectamente hacia el vehículo.

Dentro veo a dos hombres. Cosa rara; «Sienes de Plata» y «Ojos Fríos» van juntos.

Entro en el automóvil. Se separan para dejarme el sitio central. Ninguno de los tres hablamos. El coche arranca de pronto, en el acto.

Veo que nos dirigimos hacia la salida de la ciudad. ¿A dónde me llevarán?

De pronto, pienso en algo que ya se me ocurrió días atrás, en una idea desechada apenas concebida.

Hay alguien por encima de la pareja. Los dos sujetos que me flanquean sólo son una especie de ejecutores distinguidos, unos

altos cargos dentro de la «organización». Ésta debe de hallarse dirigida por un individuo muy listo y astuto, el cual les da probablemente las órdenes que me transmiten a mí.

Es posible que ahora conozca al «Gran Jefe».

Salimos de la ciudad. La circulación se ha hecho más fluida. Entonces, inesperadamente, uno de los dos rufianes apoya la boca de la pistola en mi costado.

—No se mueva, Dealy —murmura en tono ominoso.

«Sienes de Plata» me venda los ojos rápidamente con un gran pañuelo negro. Dejo de ver a mi alrededor.

El coche sigue rodando durante un kilómetro, más o menos; luego vira en redondo. Me imagino que esos tipos empezarán ahora a dar vueltas y más vueltas, con el fin de desorientarme. Como aún es de día, pienso que habrán corrido las cortinillas del automóvil; alguien podría recelar de ver a un sujeto con los ojos vendados, sentado entre dos hombres en el asiento trasero de un vehículo.

El automóvil rueda por espacio de una hora bien larga. De pronto percibo que las ruedas giran sobre un sendero enarenado. Pierde velocidad, se detiene, alguien abre una portezuela.

Me sacan entre los dos, llevándome cada uno de un brazo. Procuro mostrarme dócil.

Momentos después, estamos en una habitación a la cual llegan los ruidos de la calle. Me hacen sentarme en una silla y me quitan la venda de los ojos.

Inmediatamente, vuelvo a cerrarlos. Un foco luminoso de gran potencia me da de lleno en la cara.

—Aparten esa luz, maldita sea —digo de mal humor.

—Antes queremos hablar con usted —oigo una voz que no pertenece a ninguno de mis conocidos.

El sujeto trata de disfrazar su voz; es evidente, Habla engoladamente, enfatizando los tonos. Procuro mirar, pero sólo diviso una vaga silueta negra al otro lado del reflector.

Vuelvo la cabeza a derecha e izquierda. Mis fieles custodios están a ambos lados de la silla.

—Está bien. Adelante —digo.

—He oído que se niega a seguir llevando más cartas —dice el «Gran Jefe», al otro lado de la luz.

—Hasta cierto punto —respondo audazmente—. No soy tonto y

he podido darme cuenta de que esas cartas contienen amenazas. Unos las acatan y otros no, pero quienes las acatan deben pagar, me imagino, sumas fabulosas por consentir la vida. Así que o me sueltan un buen pico o me niego a seguir entregando cartas.

—Creo que no se ha dado cuenta de lo que está diciendo, míster Dealy —habla el «Gran Jefe», impasible.

—Dígame, por favor, que van a matar a mi esposa —respondo con gran desparpajo. Quizá un poco de desenvoltura les aturda.

—Eso es lo que haremos, justamente. Primero, ella; después, usted. ¿Qué le parece el plan?

—Fatal —respondo—. Pero estábamos hablando de mí precio. Quiero algo más que ochenta dólares por carta.

—¿Tan poco valora usted la vida de su esposa?

—¿Se les ha ocurrido preguntarse si en estos momentos tiene un par de policías a los costados, como yo tengo ahora a esta pareja de hijos de perra?

Los aludidos respingan. El «Gran Jefe» extiende una mano, como recomendándoles calma.

—No lance usted bravatas, Dealy —dice—: no está en condiciones para ello. —Un sobre aparece de repente sobre la mesa, a la luz—. Tómelo y llévelo a su destino. Tiene usted una esposa muy bonita. Debe velar por su vida. Ése el precio.

Cruzo los brazos.

—Ustedes hicieron matar a Regan.

El silencio que sigue es claramente significativo.

—Bien, ¿qué me dicen del pistolero que lo mató y que murió desnucado contra el asfalto?

—Resbaló y se partió la cabeza contra el suelo —gruñe «Ojos Fríos».

—Eso es lo que dice la policía —contesto—. Lo maté yo.

—¡Tonterías! Usted...

—Silencio, Zeke —ordena el «Gran Jefe».

Ya sé el nombre de uno de los rufianes. «Ojos Fríos» se llama Zeke. Tomo nota mental del detalle.

—Usted no mató al pistolero —afirma el «Gran Jefe».

—Gracias por la confianza que demuestra en mí —respondo—. Pero, les guste o no, así fue. Cuando una persona resbala en la acera, el tacón de su zapato suele dejar una huella, en pequeño,

similar a la del neumático de un coche que frena bruscamente. Frente a la casa de Regan no apareció esa huella.

—En tal caso —inquire el «Gran Jefe»—, ¿qué hacía usted allí?

—Tratar de salvar la vida de Regan. Yo sabía que no pagaría. Ustedes le hicieron un chantaje, confiando en que pagaría para que su esposa no viera la fotografía. Pero resulta que Regan y su esposa confiaban mutuamente y ella conocía ese pecadillo de juventud, así que el tiro les salió por la culata. —Río con fuerza.

—Mataron a Regan y lo único que consiguieron es traspasar una gran fortuna a una mujer que a los treinta y cinco años posee todavía una gran belleza. Rica, relativamente joven y viuda... ¿qué beneficio han sacado ustedes con la muerte de Regan, trío de idiotas?

Zeke lanza un atroz juramento. Intenta golpearme.

—Quietó —manda el «Gran Jefe»—. Vamos a demostrarle que no nos arredramos ante Sus bravatas. Llevará la carta o de lo contrario...

Hace un gesto con la mano. «Sienes de Plata» me ordena:

—Póngase en pie y vuélvase, míster Dealy.

Obedezco. Miro a la pared, brillantemente iluminada por el proyector.

Oigo el ruido de unos pasos que se alejan. Una puerta se abre y se cierra. Debe de ser el «Gran Jefe» que se ha ido.

—Vamos —dice Zeke.

El otro hace girar un cuadro. Diviso una estrecha ranura en la pared.

—Mire por ahí.

Acercó los ojos. Inmediatamente, siento que una oleada de cólera recorre mi cuerpo.

Lucy está en la habitación contigua.

La veo Sentada sobre una silla, en actitud sosegada, con las manos sobre el regazo. Parece muy tranquila.

Una pistola aparece de pronto en mi campo visual. A espaldas mías, Zeke dice:

—Si dentro de un minuto no ha dicho que sí, la cabeza de su mujer volará en mil pedazos, míster Dealy.

CAPÍTULO XI

Vuelvo el cuadro con seco golpe. La furia más absoluta invade mi ánimo.

Puedo darme cuenta claramente de que estoy en sus manos. Por Lucy; si sólo se tratase de mí...

—Denme el sobre —murmuro roncamente.

Suena una risita. La puerta se entreabre.

—¿Qué dice nuestro huésped? —inquire burlón el «Gran Jefe».

—Que sí, claro —responde «Sienes de Plata».

—Muy bien. Suéltelo dentro de media hora. Yo voy a llevar a la señora Dealey a su casa ahora mismo.

—O. K, jefe.

La puerta se cierra. Quedo solo con los dos pajarracos.

El «Gran Jefe» partirá dentro de unos minutos. Mi esposa irá en su auto.

Contemplo el sobre, brillantemente iluminado por la luz de la lámpara. Me acerco a la mesa, pero me detengo antes de llegar a ella, con las manos apoyadas en el respaldo de la silla en que estuve sentado.

«Sienes de Plata» y Zeke, alias «Ojos Fríos», continúan situados a mis costados. Siento que un hervor de ira se va formando rápidamente dentro de mí.

Ira por todo lo que me han hecho, por las muertes cometidas, por el daño que a buen seguro habrían infligido a mi esposa...

Si hago un esfuerzo, todavía puedo alcanzarla y averiguar la identidad del «Gran Jefe».

De repente, agarro la silla con ambas manos, por el respaldo y, levantándola, la hago voltear hacia mi derecha.

Las patas golpean el pecho de Zeke, derribándole al suelo. «Ojos

Fríos» lanza un atroz juramento al caer.

«Sienes de Plata» exhala un grito.

—¡Quieto, Dealy!

La cólera, ha hecho explosión en mí. Levanto la silla y se la rompo en la cabeza. «Sienes de Plata» se derrumba como un saco, sin sentido.

En este momento, oigo que Zeke se incorpora.

—¡No se mueva o disparo! —chilla.

Giro en redondo. Si alguno no ha padecido jamás un ataque de locura transitoria, no podrá comprenderme. Yo tampoco sé lo que me ocurre en esos momentos. Sólo puedo decir que no me habría detenido ni ante una ametralladora.

En las manos me queda el respaldo. Golpeo el antebrazo armado de Zeke, arrancándole la pistola, que salta por los aires. Estoy ciego. Sigo golpeándole: arriba, abajo, izquierda, derecha... Zeke chilla como un conejo herido. Mis manos se mueven sin parar. Toda la furia contenida en las semanas pasadas, explota de manera incontenible. El respaldo se parte, pero todavía me queda en las manos un buen trozo de madera. Zeke pone los ojos en blanco y se derrumba.

Me vuelvo, dispuesto a marcharme. «Sienes de Plata» —una de las cuales está teñida de rojo—, se incorpora en estos momentos, apuntándome con una pistola.

—¡Alto! —grita—. ¡Alto o le mato!

¿Se puede detener a un alud que desciende de la montaña hacia el valle? Pues algo parecido me sucede a mí.

El palo que tengo aún, cae sobre su mano, haciéndole saltar la pistola. Chilla, pega un salto, se agarra la mano con la otra.

Su rostro queda al descubierto. En estos momentos, me siento sádico. Le pego un tremendo garrotazo en el pómulo izquierdo y luego, antes de que pueda cubrirse el rostro con las manos, otro, de revés, en el pómulo derecho. Aúlla como una bestia herida. Se lleva ambas manos a la cara y vacila como un beodo.

Su vientre queda al descubierto. ¿Quién desaprovecha la ocasión? Cargo de dinamita la puntera de mi zapato. «Sienes de Plata» queda hecho un guñapo en el suelo.

Me lanzo hacia la salida. En ese momento, se abre la puerta. Alguien ha oído el ruido, que ha sido más que regular.

Es el chófer. El tipo se queda paralizado por el asombro al verme de esa forma. Luego, desesperadamente, trata de sacar su pistola. Uso el palo de nuevo con devastadores efectos. Le golpeo una y otra vez, cae de rodillas, se apoya en el suelo con ambas manos; yo sigo moviendo el garrote y bateándole las costillas.

El chófer se revuelca, lanzando feroces alaridos. Se los corto de una patada en la mandíbula que le priva del conocimiento.

La salida está libre. Atravieso el vestíbulo de la casa y abro la puerta.

Diviso un automóvil parado, largo, negro. Corro hacia él y me siento tras el volante, furioso porque, en medio de todo, no he podido alcanzar al «Gran Jefe».

Pero por otro lado, me siento tranquilo, ya que ha prometido llevar a casa a mi mujer.

Si me doy prisa, puede que los alcance. El palo de la silla continúa a mi lado, sobre el asiento.

Lanzo el coche hacia adelante a toda velocidad.

Llego a casa treinta minutos más tarde. He dejado el cache a doscientos metros de distancia. Recorro este espacio a pie. Alcanzo la puerta y meto la llave en la cerradura. Apenas abro la puerta, oigo la característica risa de Lucy.

Durante todo el viaje de vuelta, he estado preocupado, pensando en la posible excusa que me daría ella para justificar este pequeño secuestro de que ha sido objeto. Minuto tras minuto, he temido que ella me pidiera explicaciones, las cuales, en este caso, no le habría podido negar. Y he aquí que al llegar a casa, ella ríe jubilosa y alborozadamente, como si no hubiera pasado nada.

Cruzo el vestíbulo. Me asomo al salón de recibir.

Lucy está con una joven atractiva, de cabellos rubios, la cual tiene sentado sobre sus rodillas a un niño de algo más de un año. Las dos mujeres parecen muy complacidas. Veo al lado una mesita con un servicio de té y merienda a base de pequeños sándwichs. ¿Qué es esto? ¿Qué ha pasado aquí?

Lucy me ve en ese momento. Se pone en pie y corre hacia mí.

—¡Querido! ¡Cuanto has tardado! —Me besa en la mejilla y se cuelga de mi brazo—. Ven, te presentaré a nuestra vecina, la señora Harrison. Nos hemos hecho muy amigas, ¿sabes? Vino a las cinco y hemos pasado la tarde juntas.

La frase me golpea Con fuerza. Hemos pasado la tarde juntas.

¡Dios mío! Entonces, ¿quién era la mujer que estaba en aquella casa?

¿Qué enloquecedor misterio es éste?

Pero Lucy continúa hablando. Pensaré después.

—La señora Harrison, bueno... Jeannie y yo hemos pasado unas horas muy agradables. ¿Verdad que tiene un niño encantador? Ella y su esposo sólo llevan tres años de casados... Jeannie, éste es mi marido. ¿Qué te parece?

Estrecho la mano de la joven.

—Me siento encantado de conocerla, señora Harrison —murmuro. El niño palmotea alegremente y le acaricio el cabello—. ¡Qué guapo es, señora!

—Tiene usted una esposa muy bonita y muy simpática —dice Jeannie Harrison. También ella lo es—: Preveo que vamos a ser muy amigas... y usted de mi esposo también, claro está.

—Jeannie me ha invitado a pasar el día de mañana en una casita que tienen en el campo a veinticinco millas de la ciudad —dice Lucy—. ¿Me das tu permiso? —pregunta, mimosa.

—¡Claro que sí! —estallo jubilosamente—. Tómame todo el tiempo que quieras, siempre que no aburras a tu nueva amiga.

—Eso es imposible, Tom... ¿Me permite que le llame así? —dice Jeannie Harrison. Se pone en pie—. Bueno, ya es hora de que me marche. Mi marido está a punto de volver y...

Lucy le coge el niño, que palmotea alegremente. Con él en los brazos, compone una estampa llena de atractivo. Suspira profundamente.

—¿Cuándo tendré yo uno? —exclama con un poco de melancolía.

—Eres joven todavía, Lucy. Además, llevas pocos meses de casada, así que no debes desesperar —sonríe Jeannie. Mi esposa le devuelve el niño que lanza grititos de alegría—. Bien, tengo que irme. No te olvides, Lucy; saldremos a los ocho. Mi marido se quejará porque tendrá que ir a la oficina en el autobús, pero, por un día, que se fastidie. Hasta mañana.

Despedimos a la joven señora Harrison. Lucy se cuelga de mi cuello.

—Querido, tenía tantas ganas de verte... —Y me besa con

singular apasionamiento.

—Perdona que te haga una pregunta, querida —digo—. ¿Dices qué Jeannie vino a las cinco?

—Más o menos. No te enfades —sonríe cariñosamente—. Hablando, se nos ha pasado el tiempo sin sentirlo. ¿Me perdonas?

Le doy unas palmaditas en las mejillas.

—No te preocupes —contesto—. Jeannie es una chica muy simpática y yo celebro que empieces a tener amigas. Ahora me perdonarás; voy a la droguería de la esquina, a comprar algo de tabaco. Volveré en diez minutos.

—La cena estará preparada cuando regreses —grita ella, en el momento en que abro la puerta.

Voy a la droguería. Compró tabaco y fósforos. También un tubo de veinte tabletas de analgésico. Quito la envoltura de cartón y la arrojo a un lado. Regreso a casa.

Pero en lugar de hacerlo por la vía normal, doy un rodeo para pasar por la parte trasera. Ésta da a una calle aún sin urbanizar y con muchos solares. Dentro de un par de años, nuestra zona habrá crecido extraordinariamente. De momento, hay todavía muchos espacios desiertos.

La iluminación en aquel paraje es pésima. Camino pegado a las tapias traseras de las villas. Pronto alcanzo el sector de mi casa.

No hay nadie en aquel lugar. Sigo caminando. Doblo la esquina. De repente, retrocedo un paso.

Hay un sujeto parado bajo un árbol. Apenas si se le puede ver; su silueta se confunde con el tronco.

No me cabe la menor duda; es uno de los esbirros que el «Gran Jefe» ha puesto ahí para vigilar mi casa... a Lucy, por supuesto. Bien, voy a ver si le doy el gran susto.

Camino cautelosamente. Me acerco al árbol por detrás, empuñando el tubo de aspirinas.

De pronto se lo aplico al costado.

—Si haces un solo movimiento, te abraso las tripas —digo en voz baja, de tonos siniestros.

El Rufián se queda tieso. No acierta a reaccionar.

—Un paso a la derecha y las manos en la nuca —ordeno.

Obedece. Entonces, sin darle tiempo a reaccionar, meto la mano en el interior de su chaqueta y le quito el revólver que lleva en una

funda axilar.

Le apunto con el arma, poniéndole el cañón bajo las narices. El tipo bizquea.

Levanto la mano izquierda.

—¿No te han amenazado nunca con un tubo de aspirinas? —río sarcásticamente. Tengo ganas de burlarme de él. Y lo único que siento es que estamos en la calle; de lo contrario, le pegaría una paliza que estaría un mes en la cama.

Suda. Ahora ya no es un tubo de medicamento, sino su propio revólver. El sabe que basta una ligera presión sobre el gatillo para que los sesos le salgan por el cogote.

—Escuché —le digo—, si vuelvo a verte por aquí, empezaré a tiros contigo, sea la hora que sea, ¿estamos? Di que sí, imbécil.

—Ssssí... —balbucea, lívido de espanto.

—Eso está bien. Y ahora, un pequeño recuerdo.

Levanto el pie derecho y le asesto una venenosa patada en la espinilla. El tipo suelta un grito y se pone a saltar a la pata coja, agarrándose la pierna lisiada con ambas manos. Le empujo y cae de espaldas.

—¡Bah, pistoleros a mí! —digo despectivamente.

Vuelvo a casa. Lucy, desde la cocina, exclama:

—La cena estará en un par de minutos. Tus zapatillas están en su sitio... Oye, me pareció haber oído un grito ahí afuera.

Disimulo una sonrisa.

—Es posible. Yo vengo del otro lado —miento.

—Parecía como si fuese un tipo al que le hubiesen pisado un callo, Tom.

Me asomo a la puerta de la cocina y la miro. Tiene el rostro encendido y su pecho sube y baja rápidamente, a causas de la agitación del trabajo. Con un delantal de cocina, está encantadora. Cada día me siento más enamorado de ella.

—Es que en estos tiempos que corren, uno no tiene ni los callos seguros —comento en tono de broma.

—¡Qué tonto eres! —ríe Lucy, alegremente.

CAPÍTULO XII

Conozco a Bill Harrison, el esposo de Jeannie, a la mañana siguiente. Es un hombre joven, simpático. Hace algunos años que terminó la carrera de Derecho y ahora trabaja como abogado y consultor legal en una de las más importantes firmas de la ciudad. Tiene treinta años, hace tres que se casó, adora a su mujer y a su chico y se siente muy satisfecho con su trabajo. Preveo qué seremos buenos amigos.

En broma, se queja de la ocurrencia de nuestras respectivas esposas. Él tiene coche y, claro está, Jeannie le ha despojado de su habitual medio de trasladarse al centro. Sin embargo, no le importa, puesto que se trata de que su mujer y el chico pasen un buen día en el campo. No le gustaba que se fuese sola, pero ahora, teniendo la compañía de Lucy, se siente mucho más tranquilo.

Bill se apea del autobús dos paradas antes que yo. Nos reuniremos a la salida del trabajo, salvo imprevistos. Habla de que tiene algunos amigos que residen por la vecindad a quienes les gusta, de cuando en cuando, echar unas manos de *póker*. Les falta el quinto y le digo que yo lo haré con mucho gusto.

Es bueno ir creando amistades.

Mientras despacho los asuntos de trámite, pienso en una cosa que me tiene sumamente preocupado. Si Lucy no se movió de casa en toda la tarde, ¿quién, entonces, desempeñó su papel?

Estos tipos disponen de dinero en abundancia. Quizá contrataron a alguna actriz para que simulara ser mi esposa durante algunos minutos. Pero, y éste es otro misterio que no logro desentrañar, ¿por qué hicieron tal cosa, en lugar de haberse apoderado pura y simplemente de Lucy?

Acaso no quieren complicarse con un secuestro. Un secuestro es

algo grave... quizá temieron que yo, desafiando todas sus prohibiciones, avisara a la policía.

Entonces, la maquinaria policial de Riverside más el F.B.I, hubiesen entrado en acción y ello habría desbaratado unos planes tan cuidadosamente trazados. De momento, pues, se contentaron con una simulación, lo cual no excluye el peligro de que hayan contratado a un pistolero y, en cualquier momento, maten a traición a Lucy.

De todas formas, pienso en que ayer se llevaron una buena. «Sienes de Plata», Zeke, el chófer y el vigilante, recibieron lo suyo. En especial, los tres primeros, tardarán algunos días en poder ponerse en movimiento.

Y la carta se quedó allí.

Bueno, la cosa no ha estado tan mal como parece. Les demostré que yo también sé contraatacar. Quizá esto les haga dudar de la conveniencia de seguir explotándome como mensajero.

Han transcurrido ocho días. No ha pasado nada. ¿Piensan dejarme en paz de una vez? Si esto fuera así... ¡qué delicia poder vivir tranquilo de nuevo, sin sustos ni sobresaltos!

De repente, a la semana de aquel jaleo, recibo la orden de presentarme en el despacho del jefazo supremo, Muy Imponente Señor Phineas K. Meredith.

Aunque le he visto en alguna ocasión, esto es la primera vez que me sucede. Nunca había sido llamado a su despacho, ni siquiera cuando ascendí al puesto que había sido de míster Doobson.

Míster Meredith es un sujeto de mi estatura, más o menos, claro está que con casi veinte años sobre los míos y puedo decirles que otros tantos kilos. Es gordito, de ojos vivaces y expresión afable.

—Síéntese, míster Dealy —me dice—. ¿Un cigarro? —Alarga hacia mí una caja de costosos habanos, de los que se ven todavía por ahí, pese a los líos que tenemos los yanquis con Castro, pero como ve que rechazo, me ofrece pitillos. Enciendo uno y dejo salir el humo. ¿Para qué me querrá el jefazo?

—Querido míster Dealy —empieza a hablar con voz llena de miel—, han llegado hasta mí valiosos informes acerca de su competencia, habilidad e inteligencia, cualidades éstas que son muy de apreciar en un negocio como el nuestro, por lo que, sin exageración alguna, le diré que me siento más que satisfecho de

tenerle a mi lado.

—Es usted muy amable, míster Meredith —contesto—. Sus palabras me parecen un tanto exageradas. Digamos mejor que he tratado de cumplir con mi deber siempre.

—Ah, mi querido amigo —exclama Meredith en tono enfático—, pero es que hay maneras de cumplir el deber. Hay quien lo cumple como si fuese una condena de cadena perpetua; hay quien lo hace alegremente, es cierto, pero sin poner sobre su trabajo más de lo estrictamente necesario; y, en fin, por último, hay quien lo hace, añadiendo, además, todo su celo, su esfuerzo personal, su capacidad y su inteligencia. —Chupa el grueso habano unos momentos y luego me señala con la brasa—. Pues bien, míster Dealy, usted es de los últimos.

¡Cielos, qué jactancia!, pienso.

—Es usted sumamente amable conmigo, míster Meredith —contesto, abrumado.

—Nada de amabilidad. La amabilidad, muchas veces, disfraza algo desagradable. La verdad puede ser agradable o hiriente, pero siempre es verdad. En su caso, es más que agradable.

—Le repito las gracias, señor —contesto.

—En la Empresa nos gusta que los empleados sepan que todo aquel que es despierto, vivo, inteligente, capaz y, sobre todo, fiel y leal, tiene siempre una recompensa asegurada en forma de mejores puestos y, por lo tanto, mayores ingresos, ¿me comprende usted, míster Dealy?

¿Van a ascenderme otra vez?

—Sí, señor.

—Pues bien —sigue el jefazo—, en Wallytown ha quedado vacante, por jubilación, el puesto de jefe de la sucursal de la Empresa; Wallytown es una ciudad en auge y se necesita allí un hombre joven, dinámico y que posea probadas dotes de capacidad e inteligencia. Es por eso que he pensado en usted para concederle el puesto, naturalmente, con un sueldo sensiblemente mayor que el que percibe en la actualidad. ¿Qué me contesta usted, míster Dealy?

La proposición de Meredith me desconcierta en un principio y me halaga después. Realmente, el ascenso supondría pasar, por lo menos, de quinientos veinticinco a setecientos dólares mensuales, un sueldo muy bueno para los tiempos que corremos. Pero no sé

qué hacer, la verdad.

—¿Y bien? —dice el jefazo, ligeramente impaciente.

—Míster Meredith —digo—, le agradezco esto que hace por mí, pero aunque el honor y la alegría me abrumen, no puedo contestarle nada, sin antes haber consultado con mi esposa. Ella reside muy a gusto aquí, en Riverside; además, acabamos de comprar una casa...

Yo creo —añado apresuradamente—, que acabaré por convencerla, desde luego.

Meredith agita blandamente una mano.

—Desde luego —dice—. Tómese todo el tiempo que quiera y estudie detenidamente la cuestión. Un día, dos, una semana si es preciso. Harto sé que, en ocasiones, el posible aumento de sueldo, no compensa el traslado y es posible que ustedes se encuentren en esa situación. De todas formas —agrega—, es preciso tener en cuenta su juventud y el hecho de que, en cinco o seis años más, podría volver de nuevo a Riverside, a ocupar un nuevo y más alto puesto en la Empresa. Piénseselo bien —sonríe afablemente— y convenga a su esposa, míster Dealy.

Las proposiciones de Meredith me hacen olvidar, por el momento, mis otras preocupaciones. Espero que Lucy diga sí a la noche. ¿No es ésta la mejor forma de escapar de esos granujas para siempre?

Lucy y Jeannie vuelven al atardecer. Bill y yo las esperamos en la puerta de la casa de éste. El niño agita alegremente los brazos al ver a su papá.

Han pasado un día magnífico. Están muy satisfechas. Después de un rato de charla jovial y de comentar las incidencias de su vacación, Lucy y yo nos despedimos y regresamos a casa.

Una vez allí, me pongo cómodo. Luego, mientras ella prepara algo de cenar, me sitúo en la puerta de la cocina y le digo lo que me ha pasado con Meredith.

La reacción de Lucy me sorprende enormemente. Es desconcertante. Se vuelve hacia mí y suelta una sola y tajante sílaba:

—¡No!

Pego un bote.

—¿Por qué? Serán, al menos, setecientos dólares mensuales,

cierta libertad de acción...

—No insistas, Tom —contesta ella. Tiene el rostro encendido y sus senos palpitan aceleradamente—. No quiero moverme de Riverside.

—No lo dirás porque ahora tenemos unos nuevos amigos —me refiero a los Harrison.

—Claro que no —responde—. Pero en Riverside estamos bien, acabamos de comprar una casa, tu sueldo es suficiente... —Deja los cacharros, se viene hacia mí y apoya sus manos en mis hombros, mirándome suplicantemente—. Por favor, no aceptes, Tom.

Muevo la cabeza, bastante disgustado. No sé por qué, Lucy no me es sincera. Claro que yo no soy quién para acusarla de ese pecadillo; hartas cosas le he ocultado hasta el presente. Pero me gustaría conocer alguna razón más convincente que las que aduce.

—Bien, le diré que no a míster Meredith —hablo al cabo—. Ahora ten en cuenta que puedo exponerme a represalias. Ya sabes lo que son estos peces gordos cuando se les lleva la contraria; a veces, la toman con uno y...

—Es posible —admite ella—. Pero no te van a despedir sólo por no aceptar el traslado a Wallytown.

—Desde luego. Sin embargo, has de tener en cuenta que tú quieres que yo progrese y que si no acepto esta ocasión que se me ofrece, es difícil que vuelva a encontrar otra mejor en la Compañía. No me despedirán, en efecto, pero vegetaré años y años en el mismo puesto, sin perspectivas de mejorar el sueldo...

—Tienes toda la razón del mundo, Tom —contesta Lucy—. De todas formas, no quiero moverme de Riverside. Dile a Meredith que no aceptas.

Gira en redondo y se enfrenta de nuevo con la cena.

La extraña actitud de Lucy me preocupa sobremanera. ¿Por qué no habrá querido aceptar?

Durante mis horas de insomnio, pienso si no sería mejor contarle todo. Tal vez, al saber el peligro que corre, acepte.

Dejaré pasar tres días. Ella, sin decirme nada, debe de estar reflexionando en su interior. Quizá cambie de modo de pensar.

Sigue pensando lo mismo: No quiere moverse de Riverside.

Hemos tenido una discusión violentísima. Ella se ha negado en redondo a darme explicaciones.

Para finalizar, ha dicho:

—Tengo mis razones para negarme a salir de Riverside. Te las diré cuando me hayas contado todo cuanto me has ocultado hasta ahora.

Aprieto los labios. ¿Cómo voy a hablar de lo que me ha ocurrido?

Ese día me enfrento con Meredith y le digo lo que pasa. Meredith parece tomárselo con calma, aunque su tono ya no tiene la amabilidad del primer día. Y es lógico, qué demonios.

—Muy bien, míster Dealey, usted se lo pierde. Pero, créame, me ha decepcionado profundamente.

—Lo siento —balbuceo.

Meredith hace un gesto con la mano. Me despide.

Abrumado, abandono su despacho. Ya no es sólo el problema que tengo con los forajidos, sino también con Meredith. Una vaga sensación de que tomará represalias conmigo, invade mi ánimo.

¿Qué puedo hacer?

No lo sé.

CAPÍTULO XIII

Las relaciones entre Lucy y yo, la semana siguiente, son tensas, frías, distantes. Me doy cuenta de que padece, pero no quiero decirle nada; me siento terco y obstinado.

¿Naufragará nuestro matrimonio, comenzado bajo tan buenos auspicios?

Bill Harrison me invita a jugar al *póker* el viernes próximo por la noche. En su casa. Digo que sí por no cometer una incorrección. Pero mi ánimo no está para, juegos.

Y, de pronto, en medio de mi desesperación, estalla de nuevo otra bomba.

Esa mañana, al abrir el cajón de mi mesa, encuentro un sobre grande, de buen tamaño, con mi nombre escrito con gruesos trazos, en letras mayúsculas.

Un sombrío presentimiento invade mi espíritu. Ese sobre no tiene razón de estar dentro del cajón, sino sobre la bandeja del correo. Me imagino fácilmente quiénes lo han enviado.

«Sienes de Plata» y «Ojos Fríos» están curados ya. El «Gran Jefe» les ha ordenado ponerse de nuevo en campaña.

Con mano temblorosa, rasgo el sobre. Caen sobre la carpeta una nota doblada en dos y otro sobre, idéntico a los anteriores.

La dirección del segundo sobre es la siguiente:

Mr. RUPE DANTON
410, Lincoln Street

Y el contenido de la nota es:

Le damos veinticuatro horas de plazo para entregar este sobre. Es nuestra última y definitiva advertencia. Mistress Dealy morirá si no lo entrega a su destinatario.

Apoyo la cabeza en las manos. Quisiera morir.

Pasa el día lentamente. A las dos, abandono el trabajo. Pongo el pretexto de que no me encuentro bien. No me importa lo que piensen. Casi no me importa ya nada.

Regreso a casa. Lucy no está, no me esperaba, claro. Seguramente, debe hallarse con Jeannie Harrison.

Me siento en el diván del vestíbulo, con una botella en la mano. Bebo un par de sorbos, pero el licor fuerte me sienta mal. Voy al frigorífico y extraigo una cerveza. Vuelvo al diván.

Permanezco reflexionando durante largo rato. Al fin, liego a un acuerdo conmigo. No me queda otro remedio que llevar el sobre.

En este momento entra Bill Harrison.

—¡Tom! —exclama—. ¿Qué diablos haces ahí, a oscuras?

El tiempo ha pasado de tal manera, que no me he dado cuenta que ya es de noche. Muevo el interruptor y enciendo la lámpara que hay junto al diván.

—Perdona —digo—. Estaba un poco cansado y creo que me dormí. Lucy estará en tu casa, con vosotros, supongo.

—Sí. —Me enseña las llaves de la mía—. Precisamente ella me envía aquí. Jeannie se descuidó y no hay en casa ni una sola lata de cerveza.

—Ven al frigorífico. A mí me quedan todavía unas cuantas.

Caminamos hasta la cocina. Abro el refrigerador.

—¿Cuántas latas? —pregunto.

—Oh, una para mí. Jeannie no quiere.

Le entrego la lata. Presiona la tapa.

—Me la beberé aquí mismo —sonríe.

De pronto se me ocurre una idea. Descabellada, quizá, pero...

—Oye, Bill, ¿tú has oído hablar alguna vez de un tal Rupe Danton? Como abogado en un importante bufete acaso has escuchado alguna cosa de él.

Harrison frunce el ceño. Me mira de una manera extraña.

—¿Por qué lo dices, Tom?

—Oh —respondo en tono voluble—. Tuve hoy en las manos la

carpeta de un expediente suyo sobre un seguro. Ya sabes —añado—, que siempre es conveniente saber algo más de un tipo, que lo que puedan averiguar particularmente nuestros investigadores.

Harrison mira pensativamente la lata de cerveza que tiene todavía en las manos.

—Se rumorea que es un pandillero, Tom —contesta al cabo—. No es cosa que se haya podido probar hasta el presente, pero, pese a que tiene algunos negocios completamente lícitos, se sabe, extraoficialmente, claro está, que mantiene otros completamente al margen de la ley.

—Vaya —finjo asombro—, ésa sí que es una noticia bomba para la Compañía. ¿Cómo te has enterado tú de ello?

—Tengo un buen amigo en la Jefatura de policía, el teniente Hines. A veces me cuenta cosas.

—Comprendo. Bueno, hablaré mañana con mis jefes y les diré lo que me has contado. Tal vez no les interese continuar asegurándole. Nuestra compañía es muy estricta en según qué asuntos.

—Desde luego. Bueno, ¿vienes a ver a las mujeres un momento?

—Claro —respondo.

Durante la noche me pregunto qué tremenda organización debe de ser la del «Gran Jefe», que se atreve a desafiar el poder de un gángster como Danton. El solo pensamiento de que debo entrevistarme con él, me pone la carne de gallina.

Pero está Lucy. He de ir, aunque no lo quiera.

¿Es que no voy a poder deshacerme nunca de esos miserables?

La noche transcurre para mí en medio de una agonía infernal. Cuando me levanto, sin apenas haber podido conciliar el sueño, estoy que no me sostengo.

Lucy no hace el menor comentario. Se mueve con entera normalidad, como si no ocurriese nada.

Salvo que sus labios, al despedirme, parecen de hielo.

Decido no ir a la oficina tan pronto. A fin de cuentas, una noche en vela siempre da resultado en lo que se refiere a meditación.

Si Danton es un pandillero, seguramente se acostará tarde. Esos tipos son pájaros de noche.

Tomo un taxi y le ordeno que me conduzca al 410 de la calle Lincoln. En el casillero del portal veo escrito el nombre del pájaro. Vive en la séptima planta.

Subo en el ascensor. Busco la puerta del departamento de Danton. Llamo al timbre.

Tardan casi un minuto en abrir. Al fin, un sujeto mal encarado, con una cicatriz que le surca el mentón, se enfrenta conmigo.

—¿Qué desea? —pregunta sin ninguna cortesía.

—¿Es usted míster Danton?

—No. Está durmiendo. Si viene a venderle algo...

—Nada de eso. Sólo le traigo una carta.

—Démela...

Me niego.

—Ha de ser a él en persona. Tales son las instrucciones que me han dado.

El gorila me mira de mala manera. Claramente veo que contiene sus intenciones de partirme la nariz de un puñetazo.

—Aguarde —dice solamente.

Danton viene cinco minutos más tarde. Es un tipo cincuentón, de rostro abotargado, párpados bolsudos y pómulos con numerosas venillas rojas. Su aspecto no predispone precisamente a la simpatía.

—A ver —rezonga—, ¿qué diablos es eso de una carta que ha de entregarme personalmente?

—Aquí la tiene —digo. Y doy media vuelta, cumplida la misión, dispuesto a marcharme.

Pero en ese momento, la mano del gorila se cierra sobre mi brazo.

—No tan deprisa, hermano —dice en tono seco.

Mi corazón salta dentro del pecho. ¿Qué pretenderán hacerme esos tipos?

El gorila me obliga a dar una vuelta en redondo. Veo a Danton que sigue leyendo la carta.

Para asombro mío, me doy cuenta de que está muy divertido. Sonríe anchamente a medida que progresa en la lectura. Por fin, suelta una risita que me pone los pelos de punta.

Dobra la carta y la guarda en el bolsillo de su batín.

—Muy bien, amigo —dice con voz sorprendentemente apacible—, eso es todo. Suéltale, Mike. Que se vaya.

No acierto a explicarme lo que sucede, pero tampoco quiero entretenerme y esperar a que faciliten aclaraciones. Me lanzo hacia la puerta y echo a correr.

Acudo a la oficina. Míster Doobson me lanza una pequeña filípica acerca de mi tardanza y me dice que, como jefe de una sección, debo ser espejo y guía de mis subordinados y bla, bla... Le digo que bueno y me aplico al trabajo.

A la hora de costumbre, represo a casa. ¿Cuándo me encargarán enviar una nueva misiva?

Vacilo si avisar o no a Danton. De la forma en que le he visto reír, pienso que se ha imaginado que quienes tratan de extorsionarle son unos aficionados comparados con él.

Lucy está al lado, en casa de los Harrison. Voy al refrigerador y abro una lata de cerveza. Cuando estoy a mitad, suena el timbre del teléfono.

Acudo a la salita. Levanto el aparato.

—¿*Mistress Dealy*? —pregunta una voz masculina.

—No está...

El hombre que ha llamado cuelga en el acto, apenas percibe mi voz. Esto me hace fruncir el ceño.

¿Quién puede llamar a Lucy?

Una horrible sospecha invade mi ánimo.

¿Por qué tanta insistencia en no moverse de Riverside?

Me siento aturdido, anonadado. ¿Es posible que Lucy me sea infiel?

Quiero beber más cerveza, pero me sabe a demonios. Furioso, arrojo la lata contra el fregadero.

Suena el teléfono de nuevo. Si es amante de Lucy...

Vuelvo a la salita. Levanto el aparato. La llamada es para mí. —Sí, yo soy míster Dealy— contesto.

La voz del sujeto que me habla me resulta desconocida. Por lo menos, no parece la misma que la del anterior.

—Míster Dealy —dice el tipo—, ¿le gustaría enterarse de algo que le concierne a usted muy, muy particularmente?

Las últimas palabras cobran un retintín especial, dadas las circunstancias. Aprieto los labios, trato de contenerme para no soltar una interjección de las gordas.

—¿Quién es usted? —pregunto.

—Un amigo —ríe el tipo al otro lado del teléfono—. ¿Qué, le interesa o no, mi proposición?

—Si no se explica un poco mejor —digo, renuente.

—Muy bien, míster Dealy. Salga ahora mismo de su casa. Camine hacia el sur, tranquilamente, como si no ocurriese nada. Nosotros nos encargamos del resto.

Y cuelga. Pero he podido captar un detalle. Ha dicho, nosotros. Son más de uno, evidentemente.

Apremiado por la curiosidad, deposito el aparato sobre la horquilla. Me pongo la chaqueta a toda prisa y echo a correr. Ya oscurece.

Sigo la calle en la dirección indicada. Me doy cuenta de que mi paso es demasiado rápido y lo refreno.

Procuro mostrarme normal, como me han indicado. Con el rabillo del ojo miro en todas direcciones. No veo nada sospechoso.

¿Qué es lo que pretenderán mostrarme esos sujetos? Amargamente me digo que, en determinadas ocasiones, el marido es siempre el último en enterarse. ¡Y yo que tenía a Lucy por un espejo de fidelidad!

Súbitamente veo que un coche se acerca al bordillo de la acera. Presiento que son «ellos», que vienen en mi busca.

Veo a tres tipos, uno al volante, dos atrás. No son ninguno de los que ya conozco... Sí, ahora reconozco a uno de ellos.

Es el gorila de Danton, el que me recibió por la mañana.

El tipo me apunta disimuladamente con una pistola automática de pavoroso aspecto.

—Adentro, míster Dealy —ordena.

Han empleado para sacarme de casa un procedimiento que no podía fallar. Diríase que han adivinado incluso mis pensamientos.

Obedezco. Me agachó para penetrar en el automóvil. En ese momento, algo duro y contundente cae sobre mi nuca. Me desplomo sobre el suelo del compartimiento posterior del vehículo. No sé más.

CAPÍTULO XIV

Despierto bastante rato después, sintiendo en la parte alta del cráneo un punzante dolor. Las sacudidas del coche hacen que mi cerebro se agite como si estuviese dentro de una caja llena de pinchos. Lanzo un gemido, sin poder contenerme.

—Se ha despertado —dice uno.

—Bueno, déjalo como está.

Continuó tumbado en el suelo, boca abajo. Quiero moverme, para mejorar la postura, pero uno de los gorilas me planta sus dos patas en la espalda. Desisto.

El coche rueda a buena velocidad. Puedo darme cuenta de que ya es de noche cerrada. ¿A dónde me llevarán?

Repentinamente, se me ocurre una idea que hace erizar mis cabellos.

¡Van a darme el paseo!

Bill Harrison tenía razón: Danton es un gángster.

No importa ahora cómo se ha enterado de mi domicilio; es muy posible que me haya hecho seguir por su gorila. Lo realmente interesante es lo que me está pasando ahora.

Piensen asesinar me. Esto lo hacen, seguramente, como advertencia al «Gran Jefe». Es muy posible que éste haya sobrevalorado sus fuerzas y Danton quiera darle una buena lección.

El coche vira de pronto hacia la izquierda y se mete por un camino poco transitado, a juzgar por los salaos y crujidos de los muelles. Puedo darme cuenta clara, por el distinto sonido del motor y la inclinación del suelo, que el camino trepa por una pendiente, serpenteando por la ladera de una montaña.

Desconozco en absoluto el sitio donde estoy. Sólo sé una cosa: me encuentro bastante lejos de Riverside. Lo cual denota, sin lugar

a dudas, cuáles son las verdaderas intenciones de estos miserables.

Pasan diez, veinte minutos. De pronto, el suelo del auto se nivela. Rueda treinta o cuarenta metros y, al fin, se detiene.

Las portezuelas se abren. Los pandilleros saltan al suelo. Uno de ellos me agarra por los tobillos y me arrastra sin piedad. Mi barbilla choca contra el estribo y lanzo un aullido de dolor. Alguien suelta una estridente carcajada.

—Arriba —dice uno.

Dificultosamente, me pongo en pie. Veo que hay otro coche detenido junto al que me ha traído. El segundo tiene los focos encendidos. Apuntan hacia un paredón rocoso, cuyo término se pierde en las tinieblas. Puedo darme cuenta de que se trata de una vieja cantera abandonada.

También diviso otras cosas. Personas.

«Sienes de Plata», «Ojos Fríos» y el tipo que hacía de chófer.

Los dos primeros están irreconocibles. Tienen las ropas desgarradas y los rostros tumefactos. No veo bien, pero juraría que a «Ojos Fríos» le falta uno, saltado de un bárbaro golpe. El lado izquierdo de su cara es un amasijo informe de carne sangrienta, desde la frente a la mandíbula.

Alguien dice:

—Ya estamos listos.

Las piernas me flaquean. ¿Qué monstruosidad van a cometer estos tipos?

Los tres prisioneros son apartados a un lado. El chófer se pone de rodillas. Solloza abyectamente, pidiendo gracia. Suena un tiro. Se desploma a un lado, con la frente perforada por el proyectil.

—Os daré... os daré dinero... —tartamudea «Sienes de Plata», cuyo atildamiento ha desaparecido por completo.

Sin más palabras, uno de los ejecutores le dispara al rostro. «Sienes de Plata» pega un tremendo salto y cae al suelo.

Es una escena horrible, de pesadilla. La bala no le ha herido de muerte; acaso el pulso del ejecutor falló un poco. «Sienes de Plata» se arrastra por el suelo, emitiendo una serie de ronquidos infrahumanos.

Uno de los pistoleros se le acerca por detrás. Fríamente, casi quemándole el pelo de la nuca, dispara por dos veces. El cráneo del desdichado se abre como una granada madura. Sus espasmos cesan

en el acto.

«Ojos Fríos» también se pone de rodillas. Empieza a gritar, pidiendo clemencia. Me pregunto si es posible que ocurran estas cosas. Ocurren, no cabe la menor duda.

Riendo como un salvaje, un pistolero se acerca a «Ojos Fríos» y le mete el cañón de la pistola por la boca. Aprieta el gatillo una, dos veces. Toda la parte posterior de la cabeza de «Ojos Fríos» vuela por los aires. Su cuerpo se desploma, como tronco cortado con un hacha.

—Bien, y ahora, al mensajero —dice alguien.

Siento que el terror más espantoso invade mi ánimo. Creo que voy a volverme loco. Una mano me agarra por el brazo, como si su dueño se dispusiera a empujarme hacia el paredón rocoso.

El ansia de vivir puede más que yo. Me revuelvo tan bruscamente, que el tipo queda sorprendido. Indudablemente, no se espera mi reacción. Cuando no lo han hecho los otros, que eran unos tipos duros, ¿cómo voy a revolverme yo, un simple chupatintas?

Tiene en la mano una pistola. Cuando uno actúa con tanta rapidez, todo es posible. Se la quito antes de que tenga tiempo de oponerse. Suelta un chillido.

—¡Eh, chicos...!

Disparo un poco al azar. El pistolero cae revolcándose por el suelo.

Un enorme revuelo se produce en el acto. Suenan blasfemias e imprecaciones. Disparo a ritmo acelerado, como un loco. Alguien cae, agarrándose una pierna. Los rufianes se esparcen.

Uno dispara contra mí. Percibo claramente el viento del proyectil al rozarme la mejilla. Dirijo hacia él mi pistola y le alcanzo en un costado. El matón cae y se revuelca soltando gritos de dolor.

Echo a correr frenéticamente. Oigo detonaciones, silbidos de balas...

Sólo pienso en una cosa, en salvar mi vida. Un matorral me sale al paso. Me lanzo de cabeza, lo atravieso, y paso al otro lado. Oigo ruido de ropa desgarrada.

Un par de balas se clavan en un tronco próximo. Continúo corriendo cuesta abajo. Los gritos de rabia y de cólera de los

bandidos siguen oyéndose. Y continúan disparándome.

De pronto, tropiezo con una piedra. Caigo. La pistola se escapa de mis dedos. Trato de buscarla, pero la oscuridad, en medio de la ladera llena de árboles y malezas, es absoluta.

Suenan voces. Los pistoleros se insultan, y recriminan mutuamente.

—Hay que evitar que escape —grita uno.

—Matadlo dondequiera que lo encontréis —recomienda otro.

Sudo copiosamente. El corazón me golpea contra las costillas. Los pulmones me arden. Puede que encuentre la pistola, pero si no se le ha agotado la carga, poco debe de faltarle.

—Hay que encontrarlo, cueste lo que cueste —dice alguien—. Aunque tengamos qué estar buscándole toda la noche.

Comprendo lo que sucede. He sido testigo de sus tres asesinatos. Por lo tanto, debo morir.

Espero unos momentos. Quizá se alejen y pueda huir a favor de las sombras. En el sitio en qué estoy, no es posible que me encuentren.

Pasan unos minutos. De pronto, oigo ruido de pasos que se acercan cautelosamente. Me atrevo a levantar un poco la cara, apenas unos centímetros.

Uno de los pistoleros de Danton está buscándome por este sector de la colina. Algo brilla en su mano derecha durante un segundo al recibir el impacto de un rayo de luz procedente de uña distante estrella.

El forajido se detiene. Resuella ruidosamente, por supuesto, no está habituado al ejercicio físico en demasía. Le veo de costado. De pronto se vuelve hacia mí. Bajo la cara y contengo la respiración.

Si pudiera apoderarme de su pistola, pienso.

Noto que mi mejilla está apoyada en algo frío, que no es hierba ni tierra del suelo. Tanteo con las manos muy suavemente; es un trozo de roca tan grande como mi cabeza, aunque algo más plana. Procurando no hacer el menor ruido, la desencajo del alvéolo en que está desde hace muchísimos años.

Levanto de nuevo la cabeza. El pistolero gira y me da la espalda. Allá, a lo lejos, se oyen gritos e imprecaciones.

Lentamente, tardando un tiempo infinito en cada movimiento, voy levantándome. Sostengo la piedra con ambas manos, la levanto

por encima de mi cabeza. El rufián está a cuatro o cinco pasos.

De pronto, le arrojo el pedrusco, que choca entre sus omóplatos, derribándole de bruces. El pistolero gruñe de dolor y se retuerce en el suelo. Salto hacia adelante con el ímpetu de una fiera salvaje.

El golpe no ha hecho más que derribarle, pero no le ha privado de conocimiento. Oye mis pasos, alarga el brazo y trata de alcanzar la pistola que se le ha caído. La veo brillar a medio metro escaso de la punta de sus dedos.

Levanto el pie y dejo caer el tacón sobre su mano con todas mis fuerzas, machacándosela con saña. Oigo un crujido estremecedor de huesos. El pistolero, exhala un atroz grito de agonía. Se revuelca por el suelo, pero pongo fin a sus gritos con un bestial puntapié en plena cara.

Recojo la pistola. Oigo voces que se acercan a esté lugar. Mi primer impulso es lanzarme por la ladera hacia abajo, pero me contengo. Retrocedo lateralmente unos cuantos pasos y me embosco detrás de un espeso grupo de matas.

Acuden un par de pistoleros. Uno de ellos tropieza con su compañero y cae al suelo. Se levanta en el acto, dejando escapar una tremenda imprecación.

—Está aquí —dice.

Veo que se inclinan sobre él y le palpan. Podría abatirles a tiros, pero la luz no es buena en absoluto y mi puntería aún menos. De no terminar con ellos en el acto, su respuesta sería fatal para mí.

—No es el chupatintas —exclama uno, sorprendido.

—Le ha quitado la pistola —contesta el otro—. Escapó hacia abajo. ¡Vamos!

Sonríó en medio de las tinieblas. Es exactamente lo que esperaba. Los dos rufianes se lanzan como locos hacia abajo; piensan, con notable lógica, que mi interés debe de estar centrado en alcanzar lo más pronto posible algún lugar habitado.

En cualquier circunstancia en que sea preciso competir con otras personas, por cualquier motivo —guerra, amor, interés, negocios, juego—, una de las formas de triunfar siempre es hacer todo lo contrario de lo que, espera el adversario. Así, pues, emprendo el ascenso de nuevo. Sé que no he podido alejarme mucho de la explanada de la cantera.

Naturalmente, tardo algo más, pero al fin la alcanzo. Oculto tras

unos matorrales, observo las dos masas de los automóviles, quietos, inmóviles. Al otro lado, yacen los cadáveres de los tres granujas, tan bárbaramente asesinados.

Doy un rodeo para situarme a espaldas de los coches. Hay un pandillero de guardia junto a los mismos. Debo sorprenderle a fin de poder escapar sin daño.

Con una serenidad qué me asombra a mí mismo, camino cautelosamente, encorvado, el índice puesto sobre el disparador, listo para abrir fuego si es preciso. De todas formas, pienso evitar los ruidos innecesarios mientras me sea posible.

Ya estoy junto al rufián. Levanto la mano armada y apoyo la boca de la pistola en su nuca. Esta vez, no se trata de un tubo de aspirinas.

—Si pestañas tan siquiera —le conmino—, te saco los sesos por las narices.

El fulano se queda quieto, tieso como un poste. Le registro con la mano izquierda. Una pesada automática pasa a mi poder.

Entonces, levanto la mano derecha y le doy con todas mis fuerzas en la nuca. El tío gruñe y cae redondo. Todavía se mueve, sin embargo. Otro golpe en la sien esta vez con más precisión y menos prisas, y se queda quieto. Tendrá dolor de cabeza durante siete días.

El campo está libre. Sólo falta sentarse en uno de los coches y...

De pronto veo que el suelo falla a diez metros a la izquierda de donde se halla el coche más alejado. Ello me hace concebir una súbita idea. Debo cortar toda posible persecución.

Tiro una de las pistolas al fondo de la cantera. Luego subo a uno de los automóviles y lo pongo en marcha. Acelero. Salto al suelo cuando veo que el vehículo está a punto de llegar al borde del precipicio.

El automóvil sigue rodando, saca las ruedas delanteras fuera del borde, bascula, se balancea y al fin, acaba por precipitarse en el abismo. Un segundo más tarde, escucho un inenarrable fragor de hierros retorcidos y vidrios rotos. Casi estoy a punto de prorrumpir en aullidos de alegría.

Me lanzo hacia el otro vehículo. Pongo en marcha el motor y enciendo los faros. Un alarido de rabia llega a mí, desde la mitad de la ladera.

Arranco como una bala, cambiando marchas aceleradamente. Me lanzo hacia el camino viejo. El auto salta y cruje, amenazando con quebrarse en mil pedazos a cada instante. Pero resiste, que es lo bueno.

Oigo un disparo y un cristal chasquea levemente detrás de mí. Acelero más todavía, a la vez que sigo fielmente con el volante todas las vueltas y revueltas del infernal camino. Dentro del automóvil, yo me agito como una peonza.

De pronto, al doblar una curva, veo surgir delante de mí a un tipo armado con una pistola. El pandillero toma puntería y tira contra mí.

Agacho la cabeza. El proyectil perfora el parabrisas, muy a la derecha; el resplandor de los focos le impide precisar la puntería. No tiene tiempo de disparar de nuevo.

Voy lanzado a setenta kilómetros a la hora por lo menos. De pronto oigo un terrorífico golpetazo.

Delante de mí, un hombre, piernas y brazos extendidos, vuela por los aires, en sentido diagonal al camino. El alarido del pistolero se expande por encima del rugido del motor. Le veo con toda claridad, durante una décima de segundo, pero como si fuese una escena cinematográfica proyectada al ralentí. Choca de costado contra un árbol, voltea, cae, rebota y al fin queda inmóvil, esto último cuando paso por su lado.

El camino está libre. Suenan algunos disparos, pero puedo reír jubilosamente; no me alcanzarán.

¡A casa!

CAPÍTULO XV

He dejado el automóvil de los pistoleros en un lugar muy apartado de mi casa. Cubro el resto del trayecto en un taxi.

Mientras regresaba, milagrosamente salvado, he podido darme cuenta de que la cantera abandonada estaba menos lejos de lo que parecía. Seguramente, los pistoleros estuvieron dando vueltas para desorientar a un posible perseguidor. De aquel fatídico lugar a la ciudad no creo que haya más allá de veinte millas, que he, recorrido en poco más de otros tantos minutos.

Estoy asombrado del destrozo que les he hecho. Varios heridos y, por lo menos, un muerto, aparte de un supremo terror al ver que no sólo les he combatido con efectos devastadores para ellos, sino que, además, he podido escapar. Han cometido tres asesinatos y hay un testigo presencial de lo ocurrido. Acaso traten de eliminarme, pero me formo el propósito de ir a visitar a Danton y amenazarle con mis represalias. Esos tipos no entienden más que una clase de lenguaje: el de la violencia.

Iría esta misma noche, si no me encontrase mortalmente cansado. Además, necesito reflexionar. Tengo mucho en qué pensar; por ejemplo, sin ir más lejos, en las muertes de «Sienes de Plata», «Ojos Fríos», y el chófer.

¿Cómo es posible que unos tipos tan listos como ellos hayan podido caer en la trampa? No acabo de explicármelo, a menos que alguien les haya traicionado.

¿Una traición?

Sí, eso debe de ser. Primero he pensado que Rupe Danton me hizo seguir, pero, sin descartar del todo esa posibilidad, vistos los sucesos de esta noche, empiezo a sostener con más fuerza la hipótesis de la traición.

¿Ha sido el «Gran Jefe»? ¿Acaso ha decidido dar por concluidas sus operaciones de extorsión?

Todavía no he llegado a un acuerdo conmigo mismo cuando abro la puerta de mi casa. Enciendo una cerilla y camino silenciosamente hasta la cocina.

Escucho unos momentos. Lucy duerme. Voy a esperar unos instantes, a fin de serenarme, después de lo que me ha pasado. Tomo un paño de cocina y lo mojo, pasándomelo por la cara y las manos, que tienen bastantes rasguños. Una pernera del pantalón aparece desgarrada desde la rodilla al tobillo. ¡Demonios! ¿Qué excusa voy a ponerle a Lucy cuando lo vea?

Bebo ávidamente unos cuantos tragos de leche tibia. Esto, parece que me entona un poco. Hay que tener en cuenta que no he probado bocado desde el *lunch* del mediodía. Enciendo un cigarrillo.

Noto que mis nervios se van calmando. Será cosa de meterse en la cama.

Apago la luz de la cocina. A tientas, voy hasta el dormitorio. Me despojo de las ropas y me pongo el pijama. Muy suavemente, echo a un lado el embozo y me tiendo en el lecho. Entonces, con enorme sorpresa, advierto algo que me deja inmóvil durante algunos segundos.

¡Lucy no está en la cama!

Enciendo la luz. Las ropas, salvo lo que yo las he movido, se hallan intactas.

Nuevamente vuelve a mi mente la sospecha que concebí al recibir la llamada telefónica que sirvió para hacerme salir de casa. ¿Cómo es posible que Lucy pueda traicionarme?

Inquieto, me levanto del lecho nuevamente. ¿Estará en el baño?

No, no está en el baño. Ni en el comedor, ni en ninguna de las otras habitaciones de la casa. Un sudor frío brota por todos los poros de mi cuerpo.

Rechazo en el acto la hipótesis de una infidelidad. ¡La han raptado! ¡Van a matarla! O quizá algo peor: la torturarán, la...

Me muerdo los puños de rabia. ¿Qué hacer? ¿Despertar a Bill Harrison para que avise a su amigo el policía?

Pero ¿qué me harán a mí entonces, cuando sepan toda la verdad?

¡Al diablo con lo que puedan hacerme! Lucy es antes que nadie,

incluso que yo mismo.

Voy a vestirme. Llamaré a Bill y...

De pronto veo un papel blanco caído en el suelo. Atraído por la curiosidad, me agacho y lo recojo. Es una carta dirigida a mí. El: sobre está sobre la mesita que hay junto al diván.

Con enorme estupefacción, leo lo siguiente:

«Muy Sr. nuestro.

»Por la presente, sentimos comunicarle que, a partir de esta fecha, sus servicios no son necesarios en esta empresa. Esta carta le servirá de justificante para que le sea abonado en caja el importe de la indemnización reglamentaria por despido.

»Atentamente,

»PHINEAS K. MEREDITH

»Presidente y director ejecutivo».

Me quedo de piedra. ¡Despedido! ¡Claro, tenía que ocurrir algo por el estilo, después de mi negativa a ir a Wallytown! Meredith se ha sentido enojado y ha tomado sus represalias de la forma que más daño podía causarme.

Permanezco durante unos momentos como atontado, sin acertar a reaccionar. Sin dinero apenas, no podremos devolver los plazos de los préstamos... ¡Qué absurdo; «Sienes de Plata» está muerto!

Y aunque no lo estuviese, Lucy falta de casa. Para mí, es lo más importante en estos momentos. Somos jóvenes, podemos abrírnos paso en la vida... si es que ella no ha muerto todavía.

De repente, observo algo en la carta que se me antoja vagamente conocido. La contemplo una y otra vez. Metafóricamente, parezco un ciego que se debate en busca de una salida en un cuarto cerrado. Presiento la Salida, pero no acabo de encontrarla.

Una horrible sospecha invade mi imaginación de pronto. Corro a la chaqueta que he dejado, en el dormitorio y extraigo de uno de sus bolsillos interiores la nota que acompañaba al sobre que debía

entregar a Danton.

Comparo la letra de la nota y la firma de la carta de despido. Algunos rasgos son absolutamente idénticos. No cabe la menor duda; es la misma mano la que escribió una firma y una nota de amenaza.

¡Meredith!

Empiezo a ver casi con absoluta claridad.

Ahora comprendo su doble juego. Por un lado, adormecía mi confianza, prodigándome ascensos que no me correspondían. Por otro, trataba de comprometerme gravemente, de tal modo que, en el mejor de los casos, hubiera terminado con una severa condena de prisión. O quizá, que era lo que él esperaba, muerto.

Libre de mí, sí...

De haber aceptado el empleo de Wallytown, Lucy y yo hubiéramos tenido que separarnos algún tiempo. Y entonces, él...

Recuerdo ahora perfectamente algo que Lucy y yo habíamos comentado al principio de nuestras relaciones, pero que después fue apartado por completo a un lado. Ya he dicho al empezar esta narración, que no fui yo el único que merodeaba en torno a ella. También he dicho que algún pez gordo la rondaba. Lo que ya tenía, olvidado por completo es que Lucy fue, durante tres meses, la secretaria personal de Meredith.

En una ocasión, ella me había dicho que Meredith se le había insinuado. Lucy le rechazó siempre; no le gustaba.

Los acontecimientos van encajando. Meredith ha sido el que ha organizado toda esta diabólica trama para deshacerse de mí.

Por su puesto en la compañía, está en condiciones de conocer muchos secretos de personas que no tienen interés alguno en que sean publicados. Son sujetos ideales para un chantaje. Hay quien paga, caso Lestry, y hay quien se resiste y muere, casos Pemberton y Rigan. Estoy seguro de que casi deseaba que no pagasen para ir comprometiéndome poco a poco en unos asesinatos que «Sienes de Plata» y «Ojos Fríos» ejecutaban o hacían ejecutar por mandato suyo y que indefectiblemente, seguían a continuación de las cartas de amenaza, si éstas no eran, obedecidas.

Hay personas que no perdonan un fracaso, una derrota a manos de un rival y que rumian su rencor tiempo y tiempo, hasta que dan con la forma mejor de vengarse de su contrincante. Éste ha sido el

caso de Meredith.

No me perdonó nunca que Lucy le rechazase por mi culpa. Tiene una mente tortuosa, sádica, demoníaca; sólo a un tipo como él podría habérsele ocurrido una trama semejante para vengarse.

Quizá pensaba alejarme a Wallytown y Hacerme asesinar allí al cabo de pocos días. Desconocido en aquella ciudad, nadie hubiese sentido excesivo interés por mi desaparición. O quizá confiaba en que, durante la lógica ausencia de las primeras semanas, esperando poder reunimos de nuevo, Lucy se rindiese a sus deseos.

Es lo mismo. Su último golpe ha consistido en deshacerse de sus tres fieles servidores, por lo menos, de los más conspicuos, mediante, con toda seguridad, un traidor telefonazo a Danton.

Pero ¿y la carta de despido?

Pienso que ha tratado de cubrirse. Si desaparezcó, es lógico que desesperado por haber sido despedido, haya cometido un acto suicida. La carta de despido le justificará, ha debido pensar.

Pero Lucy la ha abierto. ¿Por qué?

Examino el sobre. No tiene sello. Es evidente que ha sido traída a mano. Esto significa que Lucy, debido a mi extraño comportamiento de los últimos tiempos, ha querido enterarse de su contenido.

Por eso se negaba ella a salir de Riverside. Presentía o sospechaba que era una maniobra del propio Meredith. ¿Por qué no habremos sido más francos el nano con el otro?

Es tarde ya para reproches. Lucy sólo puede estar en un sitio.

Pero ¿dónde vive Meredith?

Pienso furiosamente durante unos minutos. Luego, de repente, me pego una palmada en la frente.

¡Qué tonto he sido! ¿Cómo no he sabido verlo antes?

En cierta ocasión, «Sienes de Plata» y «Ojos Fríos» me llevaron a casa de Meredith. Les di una paliza y escapé. Naturalmente, ignorando que vivía allí mi jefe y desconociendo sus planes, resultaba lógico que no quisiera volver por unos parajes que tan malos recuerdos guardaban para mí.

Vuelvo corriendo al dormitorio. Me visto con ropas limpias en un santiamén. Salgo de la Casa y me dirijo a la de Harrison como un torbellino. Golpeo la puerta hasta que sale a abrirme.

—¡Tom! ¿Qué diablos te ocurre a estas horas? ¿Pasa algo malo?

—Por lo qué más quieras —exclamo con gran vehemencia—, déjame tu coche; es muy urgente. No tengo ahora tiempo de entretenerme con explicaciones, Bill.

Harrison accede. Entra en casa y vuelve con las llaves del automóvil. El mismo me ayuda a abrir la puerta del garaje.

Arranco a toda velocidad y doblo la próxima curva en dos ruedas. Mi único pensamiento es una pura obsesión.

¡Lucy está en casa de Meredith!

CAPÍTULO XVI

He detenido el coche a una prudente distancia, con el fin de no ser advertido intempestivamente. Me imagino a qué ha ido Lucy allí: Ha leído la carta y ha querido suplicar a Meredith que reconsidere su actitud.

Pero ello ha debido ocurrir por la tarde, recién anochecido todo lo más. Y Lucy no ha vuelto, lo cual sólo significa una cosa.

Meredith la retiene prisionera.

Yo no puedo estorbarle; he muerto. Así debe de pensar el miserable.

Llego a la casa. Doy la vuelta, buscando el modo de entrar sin ser visto. Tanteo las ventanas de la planta baja. Consigo alzar el bastidor de una de ellas.

El antepecho está a la altura de mi barbilla. Hago un esfuerzo y me cuelo dentro de la mansión.

Escucho durante unos momentos. Me parece oír un leve rumor de voces en una habitación lejana. Voy a orientarme por el ruido cuando, de pronto, diviso la silueta de una persona sentada a unos pasos de distancia.

Me agazapo en el suelo. Tanteo mis bolsillos. Contengo una maldición; con las prisas, he olvidado la pistola en el otro traje.

Espero un momento. La debilísima luz que entra por la ventana me permite ver que esa persona continúa sentada. ¿Por qué ha de estar sentada una persona a las tantas de la madrugada, en una habitación en tinieblas?

De pronto me doy cuenta de que no oigo su respiración. Recordando lo que me enseñaron «Sienes de Plata» y «Ojos Fríos» a través de una ranura, pienso que tal vez se trate del maniquí que representaba a mi esposa. Meredith debía saber que Lucy no se

hubiera prestado jamás a una comedia semejante.

Busco nuevamente en mis bolsillos. Encuentro una tira de fósforos y enciendo uno. Me quedo paralizado por el asombro.

Es una fotografía de tamaño natural, tomada, sin duda, en un momento de descuido de Lucy. Frente a ella, hay un espejo, también de gran tamaño. Yo vi la fotografía a través del espejo y con mala luz, con lo que el engaño resultó completo. Ahora me explico por qué Lucy no salió de casa aquella tarde.

El fósforo me quema los dedos. Sacudo la mano, maldiciendo en voz baja. Enciendo otro y me guío hasta la puerta más próxima, que abro centímetro a centímetro.

De pronto suena un agudo grito. Reconozco la voz de mi mujer.

Atravieso la habitación siguiente como un huracán. Abro la puerta.

Veo un gran salón comedor, lujosamente amueblado. Lucy está allí, entre los lascivos brazos de Meredith. El sujeto, baboseando asquerosamente, se inclina hacia ella.

—Tu esposo ha muerto —dice sádicamente—. Ahora, tú y yo...

Ella echa la cabeza hacia atrás. De pronto, le pega un fuerte empujón y consigue separarse.

Las manos de Meredith se quedan con la blusa de mi mujer. Oigo un ruido de ropa que se rasga. Los pechos de Lucy quedan desnudos. Ella se los cubre con las manos.

Los ojos de Meredith brillan como los de un demente a la vista de aquellas curvas blancas y mórbidas. Está loco, ciego, obseso por la idea de poseer a Lucy a toda costa.

Abro la puerta de golpe y lanzo una exclamación:

—¡Meredith!

El tipo se detiene en su avance. Vuelve la cabeza y me mira con los ojos desmesuradamente abiertos.

Lucy exhala un agudo grito, de alegría.

—¡Tom! ¡Estás vivo, vivo!

Extiende los brazos hacia mí, pero, inmediatamente, se da cuenta de que tiene las ropas destrozadas de la cintura para arriba y vuelve a cubrirse pudorosamente los senos con los brazos.

Meredith y yo nos contemplamos en silencio durante unos segundos. Es un silencio denso, abrumador.

Veo que, él ha comprendido, que se da cuenta que yo lo sé todo.

La expresión de su rostro no puede ser más delatora.

De pronto, un rugido infrahumano se escapa de sus labios. Se abalanza hacia un cajón del aparador.

Lucy chilla. Yo me lanzo hacia delante y consigo asirle de la muñeca, en el momento en que saca un revólver de cañón corto.

La boca de Meredith escupe mil obscenas maldiciones. Forcejeamos como fieras salvajes, ávidos cada uno de la sangre del otro. Rodamos por el suelo.

El revólver se escapa de los dedos de Meredith. Alargo la mano y consigo atraparlo. Meredith se aferra a mi muñeca con las fuerzas que le infunde la desesperación.

Creo que he perdido la noción de cuanto me rodea. En estos momentos, no soy un hombre, soy una bestia, cuyo pensamiento es matar para no morir. Vagamente, mientras rodamos por el suelo del comedor y Lucy grita despavorida, oigo el alarido de una sirena policial.

Lentamente, el brazo de Meredith se va doblando. Mis fuerzas se han duplicado.

Los ojos del miserable voltean agónicamente en sus órbitas. Pienso por un instante en todo lo que me ha hecho, en la indignidad que pretendía cometer con Lucy...

Soy humano y tengo mis debilidades.

La boca del revólver apunta al rostro de Meredith. Aprieto el gatillo una, dos, tres veces... Las explosiones me ensordecen. Un chorro de líquido caliente cae sobre mis ojos y me ciega.

¿Qué le pasa a una cara humana cuando se dispara un revólver a pocos centímetros de distancia?

La sangre borra las facciones de Meredith. Oigo voces, pasos; alguien entra en la estancia.

Meredith se desploma pesadamente a un lado. Yo quedo en el suelo, medio incorporado, con las manos apoyadas en la propia sangre del canalla.

Unas manos fuertes me incorporan. A través de un velo turbio, diviso el rostro de Bill Harrison y de un sujeto de paisano, con aspecto de policía. También hay más agentes de uniforme.

Todo ha terminado.

EPÍLOGO

Sí, todo ha terminado ya.

Naturalmente, ha habido investigaciones. Se ha averiguado todo. He sufrido un juicio que me ha sido favorable por completo. Bill Harrison se ha portado como un digno émulo de Perry Mason y su amigo, que ya lo es mío, el teniente Hiñes, nos ha ayudado considerablemente.

Danton también recibió lo suyo.

Otro director ocupó el puesto de Meredith. Naturalmente, la carta de despido, quedó sin efecto.

Volví a mi sitio anterior, pero no me importa demasiado. Sé que pronto tendré un ascenso y que esta vez será legítimo, por propios méritos.

Por supuesto, la Compañía de Préstamos «La Universal» no ha presentado más recibos al cobro. Hace días, disimuladamente, rompí el contrato que firmó Lucy. La copia que se quedaron ellos... ¿quién sabe dónde estará? Es una entidad inexistente, así que no hay que temer que vengan a molestarnos. Por, otra parte, algo tenía que sacar de tantos padecimientos, ¿no creen?

Esta noche toca partida de póker en mi casa. Los «puntos» somos Bill Harrison, el teniente Hines y dos buenos amigos más. Jeannie y mi esposa atienden a los invitados y charlan de sus cosas.

Lucy, tiene mucho de qué hablar. Sí, sobre todo, de su aumento de peso, de que las faldas se le quedan estrechas, de los últimos modelitos que han salido en las grandes casas de modas para las futuras mamás... En fin, por si no lo han adivinado ya, diré que, muy pronto, un ángel blanco va a llamar a la puerta de mi casa.

Ese ángel no anunciará la muerte, sino la vida y la felicidad.

Bill me pega de pronto un codazo.

—Vamos, deja de mirar a tu esposa y atiende a las cartas.
¿Cuántas quieres?

Prefiero pasar. El juego no es bueno y, así, miraré a Lucy un poco más. Ella cruza su mirada con la mía.

Eso es bastante; las palabras sobran.

FIN



BANDAS RIVALES

por Alf Regaldie

Merryl indaga hábilmente después de conocer la noticia y llegó al convencimiento de que se trataba de la casa a donde los habían llevado secuestrados.

Con tal convencimiento volvió a llamar por teléfono a la Embajada, pidiendo que le pusiesen en contacto con Artur Shelley.

—¿Por dónde anda ahora, Merryl! ¡Nos va a volver locos.

—Estoy pasando las vacaciones más divertidas de mi vida. En este momento llevo pegado a los talones a dos fulanos de una organización de espionaje...

—¡Dígame en dónde está y haré que le protejan! Yo también creo que conviene mantener alejada a la policía nipona...

Una mujer intrépida entre los fuegos de dos

BANDAS RIVALES

Una mujer cuya orden de asesinato... ¡debía cumplirse a fecha fija!

BANDAS RIVALES

*¡Lea esta gran novela de ALF REGALDIE
en nuestro próximo número!*

A vintage advertisement for Osborne VETERANO brandy. The background is a dark blue gradient with a bright, sun-like starburst in the upper left corner. Two women are featured: one in the upper left wearing a red sleeveless dress with a black floral pattern, looking back over her shoulder and pointing her finger; the other in the lower left, smiling and looking upwards, wearing a white dress with a large green floral pattern. To the right is a bottle of Osborne VETERANO brandy. The bottle has a dark body and a light-colored label with the text 'BRANDY V.O. VETERANO', 'OSBORNE', 'ESTA PRODUCCIÓN DE LOS', and 'PUERTO DE SANTA MARÍA'. The overall style is mid-20th-century graphic design.

GUSTA ESO

OIGA...

eso tiene
VETERANO
un
VETERANO
sabor

VETERANO es de OSBORNE



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España • Printed in Spain